

## **BIBLIOGRAFÍA**



Antonio Castillo Gómez, *Escrituras y escribientes. Prácticas de la Cultura Escrita en una Ciudad del Renacimiento*, Las Palmas de Gran Canaria, Gobierno de Canarias, Fundación de Enseñanza Superior a Distancia, 1997, 440 pp.

Esta obra es, hasta el momento, el trabajo más representativo de los quehaceres investigadores e intelectuales de Antonio Castillo. El breve tiempo pasado desde su publicación la ha ido convirtiendo ya en referencia para todo estudioso de alguno de los muchos temas y disciplinas que en ella se entrecruzan.

Los esfuerzos del profesor Castillo en la Universidad de Alcalá de Henares se han orientado a profundizar en la Historia Social de la Cultura Escrita, fomentando el imprescindible acercamiento interdisciplinar que requieren dichos trabajos, tanto desde el equipo de la revista *Signo* como en los congresos y cursos allí organizados que suponen una oportunidad de encuentro —conscientemente fomentada— para los diferentes equipos e investigadores interesados en dicho campo desde muy distintas áreas y planteamientos.

*Escrituras y escribientes* es el fruto de la tesis doctoral del autor, galardonado con el I Premio Internacional Agustín Millares Carlo de Investigación en Humanidades, 1995. Parte de la ventaja del perfecto conocimiento del Dr. Castillo del Alcalá de los siglos XV y XVI, plasmado en varios trabajos y artículos, y de su combinación con su formación en los estudios sobre cultura escrita, completada en Italia, junto al profesor Petrucci.

El espacio temporal y geográfico escogido no puede resultar más a propósito para los fines propuestos: el Alcalá de mediados del siglo XV a mediados del XVI. Una ciudad del Renacimiento —como se indica en el subtítulo—, perteneciente al señorío eclesiástico del arzobispado de Toledo y como tal, a caballo entre ambos siglos, recibe un enorme impulso bajo el gobierno de Cisneros, particularmente con el desarrollo de la Universidad y la llegada de los primeros colegiales a San Ildefonso en 1508. Un tiempo de transición en todos los órdenes que se manifiesta en toda su brillantez, en medio de los cambios y equilibrios, en la cultura y en el poder y, claro, en su traslado a lo escrito. En consecuencia, el objetivo que se plantea es discurrir «sobre las razones de la necesidad de escribir y los significados políticos y sociales de la cultura escrita».

Como compromiso y premisas del trabajo se hacen presentes dos vocaciones: la ya mencionada de integración y diálogo multidisciplinar y la irrenunciable reflexión teórica. Ambas son alentadas por una explícita, valiente y «decidida voluntad de desmarcarme de los modos tradicionales de hacer historia de la escritura».

Todo ello, además, partiendo de un conocimiento bibliográfico exhaustivo en los distintos campos y un dominio de las fuentes documentales verdaderamente completo y sistemático, recorriendo todos los posibles fondos en los que pudieran anidar hoy testimonios de aquella civilización de lo escrito en sus más variadas manifestaciones.

Algunos de los asuntos más sugerentes en los que fija su atención son, por ejemplo, el papel central de las actividades de la escritura en un centro cultural y de poder como era Alcalá; la cuestión del bilingüismo —castellano/latín— y el papel de la Universidad en su reforzamiento; el universo urbano como escaparate textual de expresiones religiosas, políticas o artísticas; el simbolismo y la imagen que transmite la escritura; la imprenta —establecida en Alcalá en 1502—, su influencia, estrategias y su dependencia universitaria; las prácticas administrativas —las de control y las cotidianas—; el empleo por parte del poder —real, eclesiástico, municipal, universitario— de la censura y la propaganda; la escritura como forma de identidad y de cohesión social; la mentalidad popular en sus usos populares, privados o cotidianos; etc.

Pero, quizá, su punto fuerte sea esa impresión de tener siempre ante nosotros una realidad social viva, una mirada de conjunto en la que vemos a un tiempo los usos del poder y las experiencias ordinarios, lo exhibido públicamente y lo íntimo. A la vez está siempre muy presente la sensación de un tiempo de cambio, de la radical transición que supone ese evocado Renacimiento en su sentido más amplio y rico. Esa vitalidad y esa presencia no son sólo mérito del riguroso investigador sino también del empuje del escritor, de su estilo ágil y diáfano, que salva con acierto el difícil compromiso de dar la voz a los textos cuando corresponde sin romper el discurso.

Se trata, pues, de una obra que interesará por igual a quienes se ocupan en este período, provengan de la filología, de la historia, del derecho o de las ciencias y técnicas historiográficas; que iluminará a los interesados en la historia cultural; y que resulta imprescindible ya para todos aquellos que quieran transitar menos a ciegas por estos nuevos caminos de la historia social de la cultura escrita, en los que Antonio Castillo resulta un excelente y generoso lazarillo. Páginas también muy enriquecedoras para cualquier historiador de las universidades, pues el centro alcalaíno aparece constantemente —como no puede ser de otro modo—, mostrándonos nuevos enfoques, nuevas fuentes, nuevos puntos de encuentro y de debate.

Este apasionado caminar no sólo nos ofrece lo ya andado —con el valor de recorrer direcciones no frecuentadas y casi vedadas en la práctica habitual de la disciplina de adscripción del autor—, sino indicadores de nuevas veredas, esbozos de nuevos planos para seguir investigando. Y explícita al final dos de esas sendas aún por explorar y en las que bien podrá encontrarse con los historiadores de las Universidades: «el análisis de la

educación y la cultura gráfica de alfabetizados y semianalfabetos» y «la reconstrucción de la Biblioteca Universitaria de Alcalá y el análisis de los fondos manuscritos que se han conservado». Tarea esta última apasionante y en la que la colaboración de distintos grupos y especialistas podría dar, sin duda, magníficos resultados.

Enrique Villalba

Juan Carlos Domínguez Nafría, *El jurisconsulto Benito Gutiérrez, entre la historia y la razón*, Seminario Jerónimo González, Madrid, 1997, 303 pp.

El objetivo de este libro «es mostrar no sólo quién fue Benito Gutiérrez, sino también cuáles fueron sus actividades, además de la codificadora, y cómo éstas fueron configurando su personalidad científica y humana» (p. 13). Y concluirá su autor, con Ureña, que «siempre fue, en todo y ante todo, catedrático» (p. 59), cuestión ésta que centra mi interés.

Obedeciendo a esa búsqueda de ocupaciones la obra se divide en doce capítulos: al margen de los primeros de carácter introductorio (una introducción y un estado de la cuestión), unos son cronológicos y otros temáticos, para concluir con una relación de las obras publicadas y un apéndice documental.

Benito Gutiérrez (1826-1885) era de familia humilde, gracias a sus buenas calificaciones pudo estudiar la carrera en Madrid. En el acto de investidura como doctor, que se celebró el 23 de enero de 1853, leyó un discurso acerca del origen, desarrollo y estado actual de la ciencia del derecho. Enseguida, el 10 de febrero del mismo año, fue nombrado por el rector sustituto anual de la cátedra de Ampliación de derecho civil, penal y mercantil, que se impartía en los cursos 6.º y 7.º, lo que dice mucho del prestigio del flamante doctor. Desempeñó dicho puesto hasta que en 1857 fue nombrado catedrático de la misma asignatura por oposición. La reforma de Moyano acabó con esa materia, por lo que en 1858 tuvo que hacerse cargo de la cátedra de Derecho mercantil y penal. En octubre de 1864 el rector le nombró encargado de la asignatura de Ampliación de derecho civil romano y español, que explicaba al mismo tiempo que la otra. Tras la reforma Gamazo y Pidal, pasó a ocuparse de la cátedra de Derecho civil español, común y foral.

Pero no todo fue docencia: su actividad universitaria también la desarrolló como secretario de la facultad de derecho, cargo que desempeñó entre 1857 y 1862. Y, sobre todo, con una fructífera tarea investigadora: a la publicación de su discurso de doctorado siguieron otros libros (su obra más importante claramente fue *Códigos o estudios fundamentales sobre el derecho civil español*). Es precisamente aquí donde yo le pediría más al profesor Domínguez Nafría. En efecto, cuando nos presenta el discurso de

doctorado afirma: «Esta obra es una «opera prima» de juventud y tal vez por ello osada en cuanto a su ambiciosa formulación. [...] Se trata de un instrumento de indudable valor para conocer la personalidad intelectual del joven Benito Gutiérrez. Es decir, qué inquietudes y corrientes de pensamiento le habían influido durante su época de estudiante y en qué medida este perfil va a determinar su futura vida científica y académica» (p. 41, nota 51). Pues bien, en mi opinión, estas líneas deberían aparecer en el cuerpo del texto y no en nota, y deberían servir de guía para analizar el pensamiento jurídico del biografiado, aspecto éste de interés primero y que tal vez sea la faceta más pobre de las distintas examinadas. En efecto, las preguntas antes formuladas por el autor, en profundidad, quedan sin contestar.

Es cierto que después nos encontramos con un capítulo dedicado a las características del pensamiento y obra científica de Gutiérrez, en el que se explica su formación humanista (teólogo, experto latinista, conocedor de los clásicos y de la historia de la filosofía), lo que le condujo hacia «una clara y bien definida tendencia hacia los estudios histórico-jurídicos; la poderosa orientación teórico-práctica en sus investigaciones; la fundamental dedicación a las investigaciones jurídico-privadas, con una «desviación accidental» en su dedicación a las parcelas jurídico-penales» (pp. 181 y 182). De ahí que afirmara que «el jurisconsulto debe colocarse entre la filosofía y la historia» (p. 186) —frase que casi literalmente sirve como subtítulo de este libro—, opción que no le impedía ser un enérgico defensor de la codificación: «El espíritu codificador de nuestra época no tiende a compilar leyes, sino a hacerlas. La vocación de nuestro siglo es la codificación. La época de las compilaciones ya pasó» (p. 185). Con lo que, como agudamente señala Domínguez Nafra, buscaba la consolidación del Estado de derecho, es decir, de un orden y estabilidad social antirrevolucionario que se identificaba con la ley.

En el capítulo dedicado a la codificación conocemos algunas de sus reflexiones sobre la unidad del código, los derechos forales, algunas instituciones concretas. Otros capítulos dedica al Benito Gutiérrez político y al académico. A pesar de todo echo en falta, como decía, un análisis más profundo y sistemático de sus ideas jurídicas, es decir, de aquellas preguntas que el mismo autor nos adelantó.

Domínguez Nafra reivindica el estudio biográfico de nuestros juristas como una tarea de los historiadores del derecho —y yo diría de cualquier jurista—, y en este libro nos muestra algunas de las posibilidades de este género, hay que agradecerle su esfuerzo y esperar que continúe por este camino tan necesario para el conocimiento de la historia de nuestro pensamiento jurídico.

*Estado de la Universidad de Alcalá [1805]*, estudio preliminar de José Luis Peset, edición de Diego Navarro, Biblioteca del instituto Antonio de Nebrija de estudios sobre la Universidad, Madrid, 1999, 120 pp.

Valencia y Alcalá de Henares celebran en 1999 su quinto centenario con seriedad —ambas son creación de Alejandro VI, de Rodrigo de Borja—. Con una cronología similar, pero con una organización diferente, se inició la andadura de estas universidades cuando el papa Alejandro VI les otorgó sendas bulas en 1499 al colegio de San Ildefonso y 1501 a Valencia, aunque sus primeras constituciones eran aprobadas por los jurados el 30 de abril de 1499. El modelo alcalaíno se diseñó bajo el dominio de un rector fuerte con amplias facultades, de las que carecía el rector valenciano. Sus rentas, procedentes de la dotación eclesial de Cisneros, nada tenían que ver con una universidad valenciana de patronato municipal, financiada por el ayuntamiento o con las rentas decimales de Orihuela o de la pavordía de febrero.

La celebración del quinto centenario de la bula fundacional alcalaína o de los primeros estatutos valencianos ha favorecido la investigación en estas universidades. El Instituto Antonio de Nebrija ha impulsado la edición de este informe del rector Martín Esperanza, un escrito de finales de aquella universidad. Otros centenarios universitarios han pasado a la historia sólo con festejos, algunas exposiciones históricas, elocuentes conferencias y actos político-académicos. Sin embargo, estas celebraciones no dejan apenas rastro en la historia universitaria.

Por el contrario, en Valencia y en Alcalá se han iniciado sendas colecciones de libros sobre la historia de la universidad. La *Colecció Cinc Segles* ha editado *Doctores y Esolcares* (1998) —II congreso internacional de las universidades hispánicas— así como *Bulas, constituciones y estatutos de la Universidad de Valencia*, 2 vols. (1999), entre otras. Está a punto de aparecer una *Historia de la Universidad de Valencia* en tres volúmenes, coordinada por Mariano Peset. También se ha celebrado durante los días 3 al 6 de noviembre de 1999, el VI congreso de historia de las universidades. En Alcalá han aparecido seis volúmenes en la colección *Quinientos años de la Universidad de Alcalá*, en donde se han editado, entre otros, estudios sobre cátedras del XVIII o de su economía en el XVI por Gutiérrez Torrecilla y Ballesteros Torres y Ramón González Navarro. Este último editó hace unos años las Constituciones de Cisneros y las primeras visitas de Bernardino Alonso (1528), ha publicado ahora las bulas fundacionales, las visitas y reformas de Juan de Ovando (1565) —ya editadas—, Gómez Zapata (1583) y de Portocarrero (1603). Con todo, esta edición se financia por la sociedad estatal para la conmemoración de los centenarios de Felipe II y Carlos V.

La obra de Martín Esperanza es una crónica que permanecía en parte inédita desde que Julio Melgares comenzara su inacabada edición en la

*Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, en 1903. Ahora se ofrecen dos partes diferenciadas: el estudio preliminar y el relato completo de Martín Esperanza de 1805. José Luis Peset ha llevado a cabo el primero de estos cometidos sobre una fuente a la que ya antes le había dedicado su atención. Conoce bien la historia de la Universidad de Alcalá, ya que en 1983 publicaba junto a Hernández Sandoica *Estudiantes de Alcalá* y anteriormente, en el año de 1974, junto con su hermano Mariano Peset, la extensa obra *La Universidad española (siglos XVIII y XIX)*.

El relato posee dos discursos diferentes que se combinan a lo largo de sus páginas. Uno más extenso y dominante, la descripción de la institución universitaria, de manera objetiva, sin valoraciones ni interpretaciones; se trata de «un relato casi notarial», dirá Peset. Y de ahí que sus apartados sobre la fundación, reformas, cátedras, colegios y jurisdicción sean descritos con apego al documento, como saben bien los que han escrito sobre la universidad alcalaína y como ya advertía el propio rector: «Quanto se ha espuesto resulta de los brebes pontificios, reales decretos de Su Majestad y el consejo, libros de claustros plenos y demás documentos que se han tenido presentes» (p. 120). Tal vez este apartado sería poco novedoso, pues antes o después su información ha sido utilizada por los estudiosos universitarios. Pero ahora está completo, fácil de consultar. Y de su lectura comprobamos una nueva coincidencia con la historia de Valencia. En la Universidad de Alcalá sólo se impartía cánones y se conferían grados de esta facultad, por disposición de su fundador Cisneros. Esta prohibición se mitigó en 1672 al ampliarse con dos cátedras de Instituta civil que, aunque destinadas a los canonistas, serían el germen de la futura facultad de leyes creada en 1772. Los estudios jurídicos en Valencia igualmente no tuvieron amplio desarrollo y verdadera entidad hasta mediados del siglo XVII, momento en que se consolidaron las cátedras y se especificaron las materias a impartir en todas las asignaturas jurídicas.

El segundo aspecto de la obra de Martín Esperanza, sus reflexiones y consideraciones, son escasas en un momento histórico decisivo para la historia universitaria española y, en general, para toda la historia contemporánea. Dos años antes de que el marqués de Caballero aprobara el primer plan general en el que unificaba los estudios universitarios de los diferentes centros, Martín Esperanza elabora esta crónica, en opinión de José Luis Peset, consciente del cambio que se avecinaba. Por ello, el lector hubiera esperado algo más de sus páginas y no simples expresiones o apuntes a las cuestiones que describe. Por ejemplo, en el capítulo octavo, al tratar de las personas seglares, ministros y dependientes de la universidad, en la que tras la reforma de 1802 se incrementaban algunos salarios; comenta que algunos habían quedado «bien necesarios e interesantes en la universidad con la dotación antigua» (p. 98). En verdad, son observaciones parcas en boca de quien había sido nombrado visitador de la universidad aquel año.



En fin, nos encontramos ante una fuente descriptiva que pone al alcance del investigador la historia y el estado institucional de la Universidad de Alcalá en 1805, pero no va más allá. Martín Esperanza conoce bien sus claustros y aulas, pero no es una reflexión sino materiales que permiten al investigador actual un cuadro completo, una síntesis de la universidad complutense en vísperas de su traslado por los liberales. Materiales como los que ya facilitó en 1984, la obra de Ramón González Navarro *Universidad Complutense, constituciones originales cisnerianas*.

Pascual Marzal

Ramón González Navarro, *Universidad y economía: El Colegio Mayor de San Ildefonso de Alcalá de Henares (1495-1565)*, Colección «Quinientos años de la Universidad de Alcalá, Alcalá, 1998.

Llega este libro a mis manos cuando están a punto de cumplirse los quinientos años de la Bula del Papa Alejandro VI, por la que se creaba la universidad de Alcalá, una de las Universidades más importantes del mundo durante los tres siglos siguientes.

Es lógico que uno de los historiadores que más y mejor conoce la historia de la Universidad publique con este motivo un importantísimo libro sobre los orígenes de la citada Universidad, que constituye el verdadero triunfo del humanismo español, modelo de muchas otras Universidades y teatro de tantas y nuevas iniciativas intelectuales, obra de un solo hombre, el Cardenal Ximenez de Cisneros, ministro todopoderoso de los Reyes católicos. Que hizo primero, que la pequeña ciudad de Alcalá fuera accesible y habitable al precio de grandes trabajos de drenaje y de construcción de caminos. Después, formó una biblioteca universitaria, compuesta en parte de manuscritos médicos, árabes salvados de entre los que se habían destruido en la toma de Orán y puso los cimientos de numerosos e importantes colegios, sobre todo el de San Ildefonso, que constituyó un todo con la propia universidad.

Del carácter religioso del espíritu fundacional es significativo que cincuenta años más tarde, un día de cuaresma del año de 1561, veinticuatro hijos de San Ignacio salieron de su colegio, el más importante de los colegios jesuitas de aquel momento, para santificar con su predicación a la ciudad estudiosa, de la que el fundador de su Compañía había sido alumno, desmintiendo así ese pretendido carácter militar que algunos ignorantes quisieron ver en el origen de la Compañía de Jesús.

El Renacimiento tenía en todos los países un doble aspecto, era un Renacimiento clásico y un Renacimiento Cristiano. En España este doble aspecto se acentuó aún más. El estudiante de las Universidades Españolas, pero sobre todo el de Alcalá, era a la vez hombre de estudio y hombre de

religión por encima de todo, dispuestos a contribuir a la gran renovación espiritual que pretendía curar la Europa atormentada, que como señalan los versos del Romancero, navegaba sin rumbo «liviana de saber, de error cargada».

González Navarro se ocupa de un tema de gran envergadura, central para comprender lo que fue la Universidad y además mal conocido, porque muchos mal llamados historiadores rehuyen estas cuestiones económicas, sencillamente por el esfuerzo que necesita una buena investigación sobre ellas. Por consiguiente, la economía de las Universidades y en especial la de Alcalá exigía para conocerlas un esfuerzo que solo un historiador de la categoría de González Navarro podía superar. La investigación se ha realizado sobre la base de fuentes archivísticas de primera mano. De la investigación se deduce claramente un modelo de gestión hacendística original de Alcalá que la diferencia de todas las demás Universidades, incluidas Salamanca y Valladolid, las otras dos universidades mayores.

Las cuentas de la Universidad de Alcalá fueron muy complejas, porque se subdividían en las cuentas del Colegio Mayor de San Ildefonso, las de la Universidad propiamente dicha y las de los siete colegios para estudiantes pobres. La Universidad de Alcalá quedó como la mejor dotada de la Península después de la de Salamanca. Un dato que pone de manifiesto la clarividencia de Cisneros.

González Navarro nos describe muy bien la adquisición y configuración del patrimonio inmobiliario de la Universidad de Alcalá. Destacando las páginas dedicadas a darnos la dimensión urbanística de la Universidad y con la ayuda de planos, alzados y reconstrucciones del conjunto, recreando de una forma viva lo que fue la construcción física de la Universidad, esto es sin duda el capítulo más destacado del libro.

El apéndice documental, a pesar de que el autor se ha visto obligado a reducirlo por necesidades editoriales drásticamente, consigue lo que se pretende, esto es, proporcionarnos una idea clara del apoyo que tiene la tesis defendida.

Pero quiero resaltar que a pesar de lo árido del tema, el autor no pierde en ningún momento el objetivo principal de su libro. Mostrarnos el objetivo de Cisneros al fundar su Universidad tal como él mismo dejó claro en el acta de donación al Colegio Mayor de San Ildefonso de 2 de febrero de 1509 y que recoge puntualmente González Navarro en su introducción «Por cuanto a los prelados yucumbe erigir collegios e yglesias e hazer otras obras pías e meritorias en que nuestro Señor se spira e las personas eclesiásticas sean yunstruidas e ynformadas para que ansi puedan ellos doctrinar e ynstruir e alumbrar los pueblos en el temor y amor de Nuestro Señor... Considerando las faltas que en los tiempos pasados a avido de la doctrina christiana a cuya celsa en estos Reynos se han seguydo muchos años e errores e queriendo probeer e remediarlo como pertenezca a nuestro oficio e cura pastoral. Acordamos de erigir como ave-

mos erigido en esta nuestra villa de Alcalá de Henares, esperando que con ayuda de nuestro Señor sea lumbre e resplandor de mucha doctrina en estos Reynos. E porquel dicho nuestro Collegio tenga esa libertad e permanezca para siempre e del se pueda seguyr al fruto que deseamos que es ganar animas para Nuestro Señor con la doctrina seguida que de cada día del emanará».

La lectura de estos párrafos nos ilustra suficientemente de la tremenda desviación de sus objetivos originales a partir de mediados del siglo XVI, estoy seguro que González Navarro nos ilustrará sobre esta importante cuestión en su próximo libro.

Antonio Álvarez de Morales

Nathalie Gorochoff, *Le Collège de Navarre de sa fondation (1305) au début du XV<sup>e</sup> siècle (1418). Histoire de l'institution, de sa vie intellectuelle et de son recrutement*, H. Champion, Paris, 1997, 755 pp.

Avalada por el magisterio de J. Verger y dirigida por B. Guenée, se presentó en 1994 esta tesis doctoral en la Universidad de París I. Conforme al texto original, se ha editado con su aparato crítico y sus instrumentos de investigación y apéndice completos, para contento de investigadores; es, además, una obra de lectura amena, y con ella la editorial inaugura con brillantez una nueva serie de publicaciones científicas. Aunque no parece probable una traducción al español, su contenido merece la atención de los medievalistas e historiadores de la educación y del Derecho.

Respetando los presupuestos de la investigación en historia de las Universidades que han ido definiéndose en las últimas décadas, N. Gorochoff ha mantenido en buena parte el carácter propio de las tesis de Estado francesas, y en su libro se aprecia el peso, positivo en este caso, de la historia institucionalista; aquí, la institución no sólo es descrita y analizada en su evolución, sino que se convierte en soporte de una verdadera historia social, cultural, jurídico-política e incluso económica.

Esta complejidad no es exclusiva del Colegio que Juana I de Navarra, reina de Francia, fundó con su testamento de 1304: las múltiples funciones de los Colegios universitarios (asistencia material, protección jurídica, docencia y transmisión de saberes no siempre académicos, beneficios espirituales), unidas a las notas distintivas de su organización (comunidad autoregulada, con cierto grado de disciplina y jerarquía, en torno a unas normas fundamentales y a las tradiciones corporativas, con unas rentas más o menos aseguradas) han impuesto grandes limitaciones a los trabajos de investigación. De hecho, el primer mérito de este libro es su existencia, ya que, ante la relativa dificultad de la empresa, son muchos los grandes Colegios europeos cuyas historias están por escribir - más allá de

la mera descripción, enumeración y acopio de materiales, que por sí mismos sólo sirven de necesario cimiento.

Las 755 páginas de este trabajo tienen como núcleo tres partes bien definidas, correspondientes al período fundacional (capítulos primero al octavo), al reinado de Carlos V de Francia (capítulos noveno al decimotercero) y al crítico período bélico del reinado nominal de Carlos VI (capítulos decimocuarto al vigésimo). Así, la evolución política y la evolución de la institución universitaria se entrelazan, y el Colegio adquiere la categoría de personaje colectivo de la vida pública; en una sociedad cambiante, cambia también él, en su reclutamiento, en su financiación, en su dependencia y en su proyección intelectual y administrativa. Además, la Dra. Gorochoff ofrece generosamente su perspectiva —casi la mitad del volumen— de las fuentes, la bibliografía y la metodología, válidas no sólo para su investigación, sino para futuras líneas de investigación.

Los Colegios parisinos nacieron para paliar las necesidades de los estudiantes peor dotados de medios; en sus orígenes, casi todos los Colegios medievales, incluido el de Navarra, tuvieron un contenido caritativo. Pero lo más singular de su historia fue la rapidez con la que generaron un nuevo modelo de Universidad (tal vez por simple agotamiento del anterior), convirtiéndose, primero, en centros de poder universitario y, después, en proveedores de cuadros de mando para la Administración y de nuevas perspectivas para la renovación monárquica. La Dra. Gorochoff ilustra convincentemente un momento decisivo de esta transformación, en función también de las radicales transformaciones que la monarquía francesa sufrió en las primeras fases de la gran guerra contra Inglaterra: ya entonces, el Colegio de Navarra y las dinastías académicas en él formadas sirvieron de modelo e incentivo para que todo el sistema universitario francés, y ciertamente los Colegios, impulsasen eficazmente las bases irrenunciables de un Estado aún por nacer: fiscalidad y burocracia, pero también una doctrina del poder real, como la de Jean Golein, y una nueva teología, como la de Jean Gerson. Naturalmente, a los maduros y pobres estudiantes de Teología sucedieron pronto, en el Colegio parisino, sucesivas promociones de jóvenes juristas, orgullo de Francia y sus reyes hasta 1793.

Aunque sólo durante el primer siglo de vida del Colegio —ya que la Autora pone como límite de su estudio 1418, menos por el fin del Cisma o por la entrada de los anglo-borgoñones en París que por el saqueo sufrido con esta ocasión—, disponemos gracias a este excepcional esfuerzo de los nombres y carreras de más de setecientos colegiales de Navarra, y, lo que es más importante, de nueva información sobre sus estudios, sus patrimonios, sus trabajos posteriores y sus relaciones, además de la historia propiamente dicha de la fundación. La tesis de la Dra. Gorochoff parte de una base de datos prosopográfica, con arreglo a los medios infor-

máticos más adecuados disponibles cuando empezó la investigación. A sus métodos y a sus conclusiones, y más valorando la dispersión y destrucción de los archivos de que ha tenido que servirse, sólo pueden ponerse dos reparos: primero, que incluso en la crisis de 1418 prevalece la continuidad sobre la ruptura, pues la historia de los Colegios sólo puede hacerse recordando que la Universidad del siglo XI llega, al menos, al XIX; segundo, que el Colegio no es nunca un medio totalmente cerrado, y que para conocer su historia es necesario tomar como referencia otros centros, desde luego de la misma ciudad, pero en definitiva de toda la red académica europea. Naturalmente, en el estado actual de la investigación, es meritorio el intento de la Autora, que sin duda habría sido más vistoso de disponerse de la base de datos común a todas las Universidades que en su momento propuso S. Stelling-Michaud y muchos, con J. Verger, han recordado después<sup>1</sup>.

En España, sólo marginalmente, o lejos de criterios científicos<sup>2</sup>, se ha recordado la existencia de este gran centro universitario, que en verdad de español tuvo poco más que el nombre, pero cuya evolución sería interesante comparar con la propuesta de N. Gorochov. No es sensato, desde luego, y la Autora lo demuestra sin lugar a dudas, poner en relación, siquiera intelectual, los proyectos universitarios navarros de la Casa de Champaña con la fundación francesa de su última heredera. El interés de esta investigación para los estudiosos del área hispánica no es, pues, meramente sentimental-nacional, sino que viene impuesto por la necesaria renovación de una línea de investigación, sentida por todos sus cultivadores.

Los Colegios españoles de la Edad Media y Moderna ya han sido, en buena medida estudiados, especialmente los siete Mayores (Bolonía, Valladolid, Alcalá y los cuatro salmantinos); no siempre con la profundidad y el acierto deseables, pero la situación actual es mucho mejor que la de hace sólo veinte años. El drama, como el de buena parte de la historia de las Universidades hispánicas, es que sigue prevaleciendo un tipo de investiga-

---

<sup>1</sup> S. Stelling-Michaud, *La storia delle Università nel medioevo e nel Rinascimento: stato degli studi e prospettive di ricerca*, en G. Arnaldi, *Le origini dell'Università*, Il Mulino, Bologna, 1976, pp. 153-217. J. Verger, *Les Universités médiévales: intérêt et limites d'une histoire quantitative. Notes à propos d'une enquête sur les Universités du Midi de la France*, en D. Julia, J. Revel y R. Chartier, *Les Universités européennes du XVIe au XVIIIe siècle. Histoire sociale des populations étudiantes*, II, Recherches d'histoire et de sciences sociales, Paris, 1989, pp. 9-24.

<sup>2</sup> A. Albertos San José, R. García-Alonso Montoya y J. M. Ortiz Ibarz, «París 1304: La fundación del Colegio de Navarra. El testamento de la reina Juana», *Príncipe de Viana*, 52, Pamplona, 1991, pp. 47-67.

ción meramente descriptivo, en el mejor de los casos sólo jurídico-institucional, y casi siempre ceñido a un único centro durante un período relativamente breve. Los frutos del trabajo de la Dra. Gorochoy, y el rigor de sus conclusiones, pueden servir de estímulo para un cambio de sentido.

Navarra, en particular, puede beneficiarse de este tipo de investigación. Carente el reino en época pre-contemporánea de un centro Universitario propiamente dicho, los esfuerzos parciales y concretos que se han hecho, una vez llenada la gran laguna relativa a los estudiantes navarros en otros espacios políticos y en otras regiones, pueden y deben llevar a una síntesis global que describa, en un amplio arco temporal, realidades, inquietudes y necesidades académicas.

El modelo de historia institucional propuesto por la Dra. Gorochoy, renovado con los métodos más actuales y basado tanto en el análisis de la variada documentación como en las derivaciones prosopográficas, resulta en una cuidadosa descripción y una sensata explicación de la génesis, la formación y los destinos de una elite medieval. Si su trabajo se hubiese prolongado hasta su término natural, la clausura del Colegio, habríamos dispuesto de una magnífica perspectiva sobre uno de los cimientos de la monarquía francesa entre los siglos XIV y XVIII; incluso con esta disculpable deficiencia, sus planteamientos y sus conclusiones son del máximo interés para la historia universitaria y la historia de la burocracia españolas, y nuevamente hay que agradecer al Prof. Verger su constante apoyo a la renovación de este tipo de investigaciones.

Pascual Tamburri

J. L. Guereña, E. M. Fell, J. R. Aymes (eds.), *L'Université en Espagne et en Amérique Latine du moyen âge à nos jours. I. Structures et acteurs*, Tours, 1991; L. Guereña y E. M. Fell (eds.), *L'Université en Espagne et en Amérique Latine du moyen âge à nos jours. II. Enjeux, contenus, images*, Tours, 1998.

La aparición de ambos volúmenes si bien no muy cercanos en el tiempo nos ofrecen la posibilidad de aproximarnos a la labor que el CIREMIA (centre interuniversitaire de recherche sur l'éducation et la culture dans le monde ibérique et ibéro-américain) viene desarrollando en la Universidad de Tours desde hace algo más de una década. Los trabajos que se presentan en ambas publicaciones son fruto precisamente de dos congresos celebrados bajo la organización de este centro. El primero de ellos tuvo lugar en 1990 y el segundo en 1992 y plantean una continuidad temática que facilita la visión de los componentes que tienen que ver con la evolución y estudio de la institución universitaria. Los títulos son claramente orientativos. Si el primer volumen centra su interés en las realidades institucio-

nales y sociológicas de la Universidad, el segundo lo hace sobre la evolución de las disciplinas universitarias, la relación de las universidades con los diferentes centros de poder de los que históricamente ha dependido, los proyectos universitarios surgidos al hilo del tiempo, las imágenes artísticas que la Universidad ha inspirado y las constancias y diferencias entre los modelos universitarios español e iberoamericano.

Los trabajos del CIREMIA atendieron en un primer momento (entre 1985 y 1988) al estudio de la educación primaria, interés que dio lugar a la celebración de dos congresos centrados en esta temática. Fue a partir de 1989 cuando el centro decidió abrir una nueva vía de investigación que le llevó escoger como eje fundamental la Historia de las Universidades en España y en América Latina. Este empeño traía consigo además dos objetivos de trabajo esenciales: por un lado permitir una aproximación comparativa entre España y los diversos países de América Latina y por otro insertar a la Historia de las Universidades en la renovación que otros campos de la historia (básicamente la historia social) estaban llevando a cabo. Con la primera de estas finalidades se conseguiría acabar con la homogeneidad que la perspectiva colonial había impuesto a la hora de acercarse a la historia de cualquier Universidad del nuevo continente y con la segunda la investigación trataría de dilucidar (con nuevas cuestiones de fondo y nuevos métodos) el papel de las universidades en la movilidad (o estabilidad) de las sociedades y sacaría a la luz a los actores de la realidad universitaria, es decir, docentes y discentes, a los que se podría incluso cuantificar y hacer un seguimiento de sus particulares cursus honorum.

El primero de los volúmenes recoge en total treinta y seis comunicaciones ordenadas en torno a siete bloques temáticos que respetan a su vez un hilo cronológico y una ubicación espacial concreta. Así estos siete bloques se centran en las Universidades en España desde la época medieval al final del antiguo régimen (5 estudios), en los actores de la vida universitaria en España y en la América colonial en los siglos XVII y XVIII (6), en las Universidades y los universitarios españoles del siglo XIX y comienzos del XX (6), en el espacio universitario en la sociedad española del siglo XX (4), en los profesores y los estudiantes en la educación superior española desde 1939 (5), en las reformas institucionales y la democratización en América Latina en los siglos XIX y XX (5) y, por último, en las universidades americanas contemporáneas, concretamente, en Perú y Chile (5).

El segundo volumen, por su parte, organiza sus contenidos en torno a tres bloques principales en los que se albergan un total de cuarenta y cuatro comunicaciones: el primero de ellos analiza el juego de poderes y contrapoderes en la Universidad (19 trabajos, de ellos seis se centran en la realidad de América Latina), el segundo ofrece una aproximación a las disciplinas impartidas en los centros docentes (11 trabajos en los que la proporción americana disminuye a tres) y, finalmente, el tercero plantea

los debates, proyectos y posturas que tuvieron como centro la Universidad en los siglos XIX y XX (14 trabajos, de ellos 8 centrados en América).

Todos estos estudios posibilitan, de un lado, conocer el entramado de ideas y de realidades que, con la Universidad como centro principal, han tenido lugar a lo largo de la historia y por otro observar los métodos de trabajo, las nuevas fuentes que vienen a incluirse en estas nuevas investigaciones y los centros de estudio que están promoviendo la existencia de este interés científico. De esta manera, al analizar los trabajos provenientes de los países de América Latina vemos como México despunta con claridad (hoy es con diferencia el país que encabeza las investigaciones sobre la universidad) y lo hace en torno a dos polos de investigación: el Colegio de México y el Centro de Estudios sobre la Universidad de la Universidad Autónoma de México. Colombia le sigue de cerca y a ella se debe la publicación desde 1989 de colecciones de los resúmenes de las investigaciones efectuadas en las Universidad Pedagógica Nacional de Bogotá. Continúan estos trabajos desde España tanto la Universidad de Alcalá de Henares (que desde 1987 organiza las ya conocidas jornadas sobre la presencia universitaria española en América) como la de Salamanca (entre otras) y la preocupación constante que por estos temas mantienen desde Francia investigadores como Jean-Louis Guereña, Ève-Marie Fell, Jean-René Aymes responsables de las ediciones de estas actas así como otros tantos que en ellas plasman sus últimos trabajos (concretamente en el primer volumen catorce trabajos se deben a profesores franceses o vinculados a universidades francesas que suben a dieciocho en el segundo volumen).

Todos estos esfuerzos, como hemos ya apuntado, suponen, además, la exploración y vaciado de fondos de archivo que hasta hace pocos años no se encontraban localizados. Si para el caso español vienen ya siendo fundamentales las consultas a la sección de universidades del Archivo Histórico Nacional, lo van siendo igualmente las efectuadas en el Archivo de Simancas, en los archivos universitarios como el de Salamanca, Valladolid, Madrid, etc.; en América, el acercamiento a los archivos nacionales así como a los propios de cada una de sus universidades también están teniendo un notable auge.

Los trabajos del CIREMIA continúan y lo hacen aunando las tareas de los investigadores que desde Europa y América tratan de completar el enorme puzzle que tiene a la Universidad como tablero principal en el que se unen también los lazos establecidos entre ambos continentes. Que estudiosos españoles e iberoamericanos se interesen por la historia de una institución que en tiempos compartieron y ahora mantienen de modo diferenciado es muy buena noticia para quienes mantenemos nuestro objeto de estudio en la historia universitaria. Que el impulso de estos esfuerzos proceda de Francia no es más que un recordatorio más de la necesidad de que Europa y América deben mantener firme su colaboración científica.



Luis Miguel Gutiérrez Torrecilla, Pedro Ballesteros Torres, *Cátedras y catedráticos de la Universidad de Alcalá en el siglo XVIII*, Universidad de Alcalá, 1998, 309 pp.

Este es el último trabajo de los autores, responsables de numerosos estudios sobre la Universidad de Alcalá, y se enmarca dentro de los proyectos que se realizan actualmente para escribir una historia global de la Universidad de Alcalá de Henares, comparable a las ya existentes en España de Salamanca, Valladolid, Valencia, o a otras universidades europeas.

La investigación de las cátedras complutenses no contaba hasta el momento con un estudio exhaustivo, sino sólo con algunos artículos sueltos referentes a casos concretos. De ahí la importancia de afrontar un trabajo como éste, cuyo objetivo es dar a conocer a los personajes que ocuparon las cátedras de la universidad y analizar la proyección profesional que tuvieron después de ocuparlas, utilizando metodología de tipo prosopográfico, además de facilitar una visión totalizadora de las diferentes cuestiones que afectaban a la provisión de cátedras.

Es de esta manera, un catálogo biográfico de catedráticos que ocuparon plaza de profesores en Alcalá en el siglo XVIII, para cuya confección se ha utilizado como fuente básica las relaciones de provisiones de cátedras de las diferentes facultades de la universidad enviadas al Consejo de Castilla y que se conservan en su mayor parte en la Sección de Universidades del Archivo Histórico Nacional.

Los autores han contrastado minuciosamente los datos extraídos con los que figuran en los Libros Registros de actos, grados y provisiones de cátedras, junto con las Relaciones de Actos Positivos y Literarios que individualmente existen para algunos catedráticos; también han cotejado y comprobado datos con los catálogos existentes de los colegiales que existen, inéditos o no.

El libro se estructura con un primer apartado donde se facilita información general sobre la Universidad de Alcalá en el siglo XVIII. Un segundo apartado se centra en el procedimiento de selección de profesorado y los cambios acontecidos a lo largo de los siglos. A continuación se abre la parte fundamental del estudio, dedicada a cada una de las facultades existentes en el siglo XVIII, cada una de ellas con su correspondiente catálogo de catedráticos. El último capítulo se acerca a cuestiones secundarias pero importantes, como son aspectos sobre la docencia, recompensas recibidas y la promoción profesional. Este estudio se cierra con unos completos apéndices documentales, un catálogo de fuentes, un índice con los expedientes de provisiones de cátedras que se conservan en el Archivo Histórico Nacional y una bibliografía pertinente y precisa.

En conjunto se trata de un trabajo imprescindible y de obligada consulta para todos aquellos investigadores de la Universidad de Alcalá en par-

titular y de historia de las universidades en general, respaldado por la exactitud, seriedad y rigor documental que caracteriza a los autores.

Olga María López Álvarez

Luis Lorente, *La real y pontificia universidad de Toledo (siglos XVI-XIX)*, Universidad de Castilla-La Mancha, Cuenca, 1999, 227 pp.

En esta obra póstuma, Luis Lorente vuelve a acercarse a su tema preferido: la ciudad de Toledo. Lo había hecho desde la fiscalidad municipal (1990), desde la guerra de la Independencia (1993) y ahora desde su universidad. Lo dicho ya anuncia el contexto: le interesa más lo toledano que lo estrictamente universitario, sin que esto reste importancia a este libro para los estudiosos de las universidades hispánicas. Sabíamos poco sobre la universidad de Toledo, aparte de las noticias dadas por Vicente de la Fuente y Cándido María Ajo, o la clarificadora aunque breve incursión de Gómez Sánchez, además de la edición que Julio Porres hizo de las constituciones de 1529. En este sentido Luis Lorente ofrece un escrito interesante, pues nos acerca al devenir de esta institución —bien dotada en cátedras y con un número de alumnos importante— desde sus orígenes hasta su extinción. Para ello ha utilizado sobre todo los ricos fondos del archivo histórico provincial de Toledo, pero también la sección de consejos suprimidos (universidades de Castilla) del archivo histórico nacional (Madrid), el archivo municipal de Toledo y la biblioteca pública de Toledo. El resultado es una narración poco interpretativa, muy pegada a los documentos, con lo positivo y negativo que esto tiene.

La universidad se creó por bula de León X de 22 de febrero de 1520. Las primeras constituciones fueron aprobadas por real cédula de 12 de mayo de 1529, configurándose de esta manera como real y pontificia universidad.

Aunque el título del libro anuncia una historia completa de la institución, es decir, desde el quinientos hasta el ochocientos, lo cierto es que a los siglos XVI y XVII sólo le dedica las páginas 11 a 29; al siglo XVIII de la 31 a la 89; y al XIX de la 91 a la 204. El autor anuncia este interés por el siglo XVIII y XIX, posiblemente debido —aparte de a su formación— a la existencia de documentación, más rica en estos siglos que en los anteriores. Esta fuerte vinculación a las fuentes hace también que los temas tratados sean dispersos, pues dependen de los informes conservados en el archivo. No hay un tratamiento específico del número de alumnos, ni de los planes de estudios, ni del corpus normativo... Sobre todo esto hay información, y una información muy interesante, pero desparramada a lo largo de una narración meramente cronológica. Sobresalen algunos aspectos: el reformismo carolino, los problemas del reinado de Carlos IV, la recepción de los

planes Caballero, la universidad en el proceso revolucionario. Pero sobre todo el problema de la supervivencia de la institución. En efecto, desde las reformas carolinas era patente que existían demasiadas universidades en el reino —veintidós en concreto— para los recursos económicos posibles, y que era mejor tener pocas pero bien dotadas. No fue, sin embargo, hasta la orden del marqués Caballero de 1807 cuando se suprimió junto a otras la universidad de Toledo. Los avatares de la dominación francesa y de la revolución permitieron hacer caso omiso a este mandato y la institución continuó prestando sus servicios hasta la reforma de 1845. Fue el curso 1844-1845 el postrero. Su edificio, archivo y biblioteca pasaron a formar un instituto de segunda enseñanza, que comenzó sus clases el primero de noviembre de 1845.

Espero que esta publicación sirva de acicate para explotar los ricos fondos del antiguo archivo universitario, hoy provincial, y así colmar tantos interrogantes abiertos.

M. Martínez Neira.

M. G. Núñez Muñoz (Coord.), *Historia de la Universidad de La Laguna*, La Laguna, 1999. 3 tomos.

En el repertorio de Universidades que tienen publicadas una historia de su institución la Universidad de La Laguna se encontraba hasta el momento escasamente representada. Con la aparición de esta amplia obra los responsables actuales de la Universidad insular —quienes han propiciado la publicación— han tratado de anular el espacio vacío existente y además han presentado su propia historia como fórmula para conmemorar sus doscientos años dentro del panorama educativo español. Se ve por tanto así cumplido el objetivo fundamental que condujo a la profesora María G. Núñez Muñoz a coordinar la totalidad de la obra y a algunos protagonistas directos de esta historia (catedráticos, decanos, antiguos rectores así como el actual) a contribuir con su testimonio y su estudio a configurar cada uno de los pisos que dan lugar al edificio universitario que ahora puede conocerse.

La estructura de la obra contribuye notablemente a percibir precisamente esta andadura de dos siglos. Dividida en tres tomos, sigue una pauta cronológica precisa que nos sitúa, finalmente, ante las últimas novedades incorporadas para el mejor funcionamiento de esta entidad. El primero de los tomos analiza con detenimiento el contexto en que los estudios universitarios canarios vieron la luz a partir del surgimiento de la Universidad de San Fernando de La Laguna. Este comienzo atiende igualmente a las ideas predominantes sobre educación que suponían además la instalación de esta Universidad en los modelos educativos que se imponían en la

época. Según este marco, el texto hace referencia constante a la actividad académica y docente en estos momentos primeros. Los asuntos económicos —tan trascendentales históricamente para el buen funcionamiento de la Universidad— encuentran también aquí su lugar dado que se atiende desde la obra a la financiación universitaria que la conduciría a los años plenos del siglo XX.

El tomo segundo, como ya hemos anunciado, consta de dos volúmenes diferenciados también por motivos cronológicos. El primero de ellos abarca dos períodos, el inicial comprende los años 1927 y 1939 y el segundo va desde 1940 hasta 1968 que son muy indicativos de las circunstancias históricas generales por las que España estaba pasando. En el primer bloque el asunto primordial en la historia de esta Universidad canaria resultó ser el del debate sobre la conveniencia de instaurar en las islas un distrito universitario. Además plantea claramente el juego que se estaba empezando a establecer entre los grupos o estamentos universitarios que optaban por una posición destacada de poder.

La atención a los asuntos materiales tales como infraestructuras, calidad y disponibilidad de los edificios, recursos económicos, etc... encuentran igualmente aquí su lugar por ser efectivamente uno de los aspectos que más han condicionado en general la historia de las instituciones universitarias en nuestro país.

El período segundo el que se ocupa este tomo 1940-1968 contiene la aportación inestimable de quien ejerció el rectorado a lo largo de gran parte de estos años: Antonio González. El segundo volumen recoge igualmente las aportaciones del resto de los rectores laguneros desde la etapa de Jesús Hernández hasta la actualidad.

Finalmente, el tercer tomo (dividido igualmente en dos volúmenes) cuenta el origen y desarrollo de los campos científicos que han estructurado y que aún lo hacen los estudios impartidos en los distintos centros de la Universidad de la Laguna. Se recorren por tanto la estructura, historia reciente y contenidos de cada una de las facultades, escuelas universitarias y centros de apoyo (fundamentalmente la biblioteca) que componen la universidad lagunera.

La obra cuenta con un importante trabajo de búsqueda y vaciado de fuentes entre las que destacan los fondos del Archivo Central del Ministerio de Educación, la sección de Universidades del Archivo Histórico Nacional, el Archivo del Instituto de Canarias, del Obispado de Tenerife, de la Sociedad de Amigos del País y de la propia Universidad de La Laguna.

Estamos por tanto ante una obra muy completa, descriptiva y que presenta a la Universidad de La Laguna como objeto de investigación para futuros trabajos que planteen problemáticas más concretas y que ayuden a conocer con detenimiento el amplio panorama que estos volúmenes abren.

Carolina Rodríguez López

Laura Pasquino, *Adolfo Levi (1878-1948). Crittica scettica e Storia della filosofia*, Prefacio de V. E. Alfieri. Postfacio de A. Marin, Bolonia, Cisalpino, 1998.

En su *Sceptica* (1921) el filósofo Levi dejó dicho: «Cumplir con el propio deber sabiendo que la lucha se verá coronada con el éxito sería demasiado bello y demasiado fácil: quizá es mejor luchar...» Y, verdaderamente, hubo de combatir Adolfo Levi por conseguir aquello que pensó siempre que podía hacer mejor: aplicando la duda como procedimiento, enseñar filosofía y ética. Consiguió hacerlo, en la Universidad de Pavía, durante dieciséis años, entre 1922 (había nacido en Módena en 1878) y la fecha rotunda de 1938, momento en que los fascistas italianos, siguiendo el ejemplo nazi de depuración antisemita, le obligaron a abandonar su cátedra.

El trabajo realizado por Laura Pasquino, un equilibrado rescate de esta figura importante del pensamiento europeo de la primera mitad del siglo XX —y no sólo para la Universidad que prescindió de él—, ha sido visto en parte, y así se dice en el prólogo de Alfieri, como una especie de reparación, como un tardío homenaje a un profesor callado, cosmopolita y solitario, tímido, reservado y solipsista, extraordinario y frágil en la rareza de su exquisitez ética y la calidad de su esfuerzo intelectual. Un autor del que no están aún editadas las obras completas (acaso no añadirían gran cosa), y un profesor huidizo que —haciendo caso omiso a la mayoría de sus colegas en la universidad tradicional, no sólo en la italiana— buscaba con más gusto el acercamiento y comprensión de los discípulos que la aprobación cooptativa de sus iguales, los eminentes catedráticos. Su sucesor en la cátedra de «Historia de la Filosofía», M. F. Sciacca —con quien mantuvo una correspondencia epistolar notable— lo retrata así: «Temía a todo, incluso al aire que respiraba, sin, en el fondo, tener miedo de nada...»

Adolfo Levi, que moriría en 1948 —después de una amarga década replegada sobre la escritura, una vez privado por la autoridad académica de su puesto docente—, mantuvo siempre viva su pasión por el mundo antiguo, por los autores clásicos. Poseía un espíritu polémico, que se dejaba fácilmente acompañar de un estilo de discusión y de argumentación agudo y penetrante, no siempre tolerado sin perder la paciencia y compostura por sus compañeros. Le disculpaba en cambio, para los más benévolos, su inagotable deseo de certeza, su afán de llegar hasta el fondo, a la *verdad*... Pero quizá, con todo, era más fuerte aún su componente ético, su inusual sentido del deber.

Metodológicamente, el libro de Pasquino sobre Levi es una biografía intelectual serena y razonada —producto de una tesis doctoral defendida en Milán—, un seguimiento calmo de su producción y actividad intelectuales, en relación estrecha con el contexto histórico y cultural en el que el filósofo italiano hubo de moverse. Se revisan, así, su muy temprana preocupación gnoseológica, que unida a su casi innata vocación ética (*Hamlet* fué al parecer lectura de su infancia, y determinante), abocan de inmediato en un Levi volcado sobre la consideración del tiempo como problema filosófico, un

objeto intelectual que Adolfo Levi haría rigurosamente compatible con sus observaciones sobre estética, desarrolladas en clave psicológica.

Alcanzó ya cierta notoriedad con *Sceptica*, la obra publicada en Turín en 1921 que ya citamos antes. Se trata de una crítica al realismo «ingenuo» que se presenta al tiempo como denuncia, más generalizada, del cientifismo positivista y del idealismo más extendido, todo ello a la vez. Negando que tuviera razón Parménides, cuyo monismo asegura que el ser es uno solo, inseparable, de modo que «las cosas y los fenómenos de la experiencia se reducen a una mera fantasmagoría, a una ilusión del pensamiento que les atribuye una realidad que, de hecho, no poseen», ataca Levi decididamente la que había sido la más extendida de las impostaciones filosóficas en las décadas anteriores, la base y fundamento de la constitución de las ciencias sociales, tal y como nacieron a la vida académica desde un tiempo atrás. Pero, también, todo género de ilusiones idealistas.

Ello no nos permitirá alinear a Levi, sin embargo, en los filósofos de la experiencia, sin más. Declarándose expresamente «solipsista», avisa así el filósofo de que el sujeto no se halla en condiciones (no puede hallarse) de traspasar el cerco de sus propias representaciones, de modo que eso que los realistas llaman, *ingenuamente*, «objetos externos» (al individuo cognoscente) no son acaso sino el producto mismo de la actividad cognoscitiva individual. Tal escepticismo teórico, podría objetarse, conducirá quizá al pensador hacia el escepticismo ético y moral. Distinguiendo no obstante, *more kantiano*, entre el «ser» y el «deber ser», resuelve Levi a base de influencias espiritualistas, entre otras, el dilema planteado.

Hoy, sin embargo, en tanto que sigue despertando cierto interés éntre los estudiosos el alcance teórico de la gnoseología de A. Levi, su planteamiento ético no lo consigue ya. A pesar de ello, no han de considerarse —argumenta Laura Pasquino— como partes independientes (mucho menos, incompatibles) de su pensamiento, sino como una relativamente armónica conjunción, cuyas fallas o puntos negros trataría el autor de resolver, siempre, con la mayéutica. Es más, para la autora de este estudio, esa especie de ética «intimista» que Levi forjaría constituye sin duda lo más interesante de su sistema teórico. Rastreando en sus textos el concepto latino de *pietas*, Laura Pasquino dice que es éste, en Levi, expresión de la «síntesis de toda su experiencia, no solamente como filósofo, sino sobre todo como hombre» (p. 222). Una importante exploración de documentación privada, particular, inviste a la autora de garantías para la persuasión.

Adolfo Levi sería siempre un lector apasionado de Platón, San Agustín y Kant (sobre el primero de ellos escribió su último libro). Ajeno a la retórica como a ninguna otra posición intelectual, sería precisamente ésta la que encontrara general acomodo institucional, en Italia, en tiempos del fascismo. La actividad intelectual, para él, consistiría siempre en revisión de ideas, contraste de resultados y extrema vigilancia. Su inagotable afán de hallar certezas y su inflexible sentido del deber apenas verían fácil el aco-

modo a las nuevas consignas, pero posiblemente más le doliera aún la indiferencia con que la crítica filosófica italiana acogió su doctrina. No obstante, Levi no es a esta hora un desconocido, ni ha sufrido otro trato que el mismo de una parte de los intelectuales que vivieron su misma situación.

Una meticulosidad extrema le hacía servir su cátedra con el escrúpulo y la precisión de un filólogo (*sic*), documentando cuidadosamente todas y cada una de las interpretaciones aducidas, en un esfuerzo práctico de mostrar a los estudiantes, lección tras lección, la vertiente hermenéutica del conocimiento. Gracias a los fondos de archivo particular de Levi —conservados con mimo por su viuda— y al vaciado tan justo y sobrio como inteligente que acomete Pasquino en su elaboración, es posible seguir la diaria aventura de quien quería, ante todo, que «los estudiantes entendieran que, cuando un filósofo proponía un concepto atribuyéndole validez general, se desmentía automáticamente, en cuanto tenía la pretensión de traspasar los límites del pensamiento subjetivo que son infranqueables, e ignorando la dimensión solipsística dentro de la cual se explica la actividad racional, y se hacía la ilusión de poder comunicar a los demás los productos de la propia mente.» (p. 88)

El producto final escrito de muchos de esos ejercicios diarios de comprensión con destino a la cátedra de Historia de la Filosofía en Pavía (lecciones sobre Bacon, Berkeley, Hobbes, Descartes, Hume, los sofistas o Sócrates) constituye, a su vez, la materia nodal de una parte importante de su obra publicada, muy abundante en todo ese periodo. La doble formación académica de la autora de este estudio notable sobre Levi (filología clásica y filosofía acompañan a Pasquino) le permite abordar, de modo tan agudo como equilibrado, los múltiples matices de esa creación.

Elena Hernández Sandoica

Antonio Pérez Martín, *Espanoles en el Alma Mater Studiorum. Profesores hispanos en Bolonia (de fines del siglo XII a 1799)*, Instituto de Derecho Común Europeo (Universidad de Murcia) - Centro de Historia Universitaria Alfonso IX (Universidad de Salamanca), Murcia, 1998 [1999], 125 pp.

No siempre es fácil abordar en pocas palabras una obra de características tan singulares. Breve en páginas, aunque como vamos a ver intenso en contenido, el trabajo del profesor Pérez Martín responde a más de treinta años de investigaciones sobre archivos universitarios y en el campo específico de la Historia del Derecho en la Universidad boloñesa. Su conocimiento de los fondos documentales italianos es indiscutible, como lo es por otro lado su mérito personal en la introducción en España de temas y planteamientos metodológicos recibidos precozmente del mundo germánico.

En esta ocasión, el autor ofrece un elenco documentado de los docentes españoles en la Universidad de Bolonia, desde los orígenes hasta la Revo-

lución Francesa. Este interesante intento prosopográfico se plantea además como el primero de una serie que proseguiría con la publicación de las listas completas y reelaboradas, en el mismo marco cronológico, de los españoles que obtuvieron en Bolonia el grado de doctor y de los estudiantes cuyo doctorado en aquella ciudad no consta documentalmente, aunque sí su estancia. Otro mérito del libro está en no limitarse a los estudiantes del Colegio de España, por supuesto el grupo más numeroso y pujante de la comunidad científica española en Bolonia desde 1364, pero hubo españoles, maestros y discípulos, juristas y no juristas, casi desde la fundación de la Universidad y desde luego antes de la llegada del cardenal Albornoz.

Es indudable el interés del planteamiento. Una vez completada la serie, los datos obtenidos ofrecerían por sí solos una visión renovada del peso absoluto de la comunidad académica hispana en Bolonia, así como de su importancia relativa entre los universitarios de los reinos hispánicos y de su peso cualitativo y cuantitativo en la Universidad italiana. No cabe duda de que el profesor Pérez Martín ha sabido afirmar el interés de este tipo de esfuerzos; con esta primera entrega, ha dado una nueva prueba de su conocimiento de la materia.

Los 389 españoles que integran las dos listas en que se articula el libro (266 juristas y 123 artistas, médicos y teólogos) no se distribuyen uniformemente a lo largo del período considerado. El grueso de los profesores cuyo nombre conocemos corresponde a los siglos propiamente modernos, en los que las fuentes son más elocuentes, aunque precisamente no son siglos en los que la Universidad española tome como referencia central el modelo boloñés. En cifras absolutas, la Edad Media parece subrepresentada.

Las causas de esta situación pueden rastrearse tanto en la información efectivamente disponible como en los intereses del autor. Desde los años 60 de nuestro siglo, y de la mano de S. Stelling-Michaud y G. Cencetti, se gestaba un proyecto de *Corpus Scholarium Bononiensium*, una horizonte de investigación atractivo y muy innovador, consistente en un verdadero análisis prosopográfico del reclutamiento de los universitarios europeos en Bolonia. Quedaron incluso fijados los criterios científicos, y los dos promotores esbozaron los primeros intentos de trabajos de este tipo. Junto a ellos se formaron a lo largo del tiempo jóvenes universitarios, que comenzaron a acopiar los materiales documentales necesarios. El profesor Pérez Martín fue uno de ellos, y fruto tanto de su preparación alemana como de sus estancias en Italia fue su excelente y todavía validísima serie *Proles Egidiana*, un verdadero hito en la historia española de las Universidades (4 vols., publ. Bolonia, 1979).

Como el mismo autor afirma en el prólogo, la nueva publicación que aquí nos ocupa trata de culminar investigaciones iniciadas hace casi una veintena de años. Tampoco el editor ha contribuido especialmente a mantener el libro al día en cuanto a novedades científicas y bibliográficas, puesto que, aparentemente dispuesto el texto en 1996 (fecha del prólogo), el pie de imprenta de la obra es 1998, y de hecho del Depósito Legal corresponde ya a 1999. Bien es verdad que en lo que hace a los profesores españoles en Bolonia pocas han



sido la novedades de importancia, y en lo esencial los datos que sin duda fueron reunidos con ocasión del malogrado *Corpus*, utilizados o no en el elenco de colegiales mayores en Bolonia, siguen siendo plenamente válidos.

Esa validez viene determinada por lo limitado de las fuentes propiamente universitarias. Pérez Martín sigue su propia experiencia y el camino ya apuntado al señalar que la documentación universitaria (incluyendo las matrículas) no existe prácticamente para la nación española en Bolonia antes de finales del siglo XIV, y aun esto con grandes lagunas posteriores; la única posible alternativa radica en el despojo sistemático de la documentación notarial, privada, relativa a maestros y escolares extranjeros. Este enorme esfuerzo no ha sido realizado con método más que en una mínima parte, aunque ciertamente ahora existen los medios técnicos para que tal tarea sea más fructífera. Desde ese punto de vista, este primer libro, y previsiblemente también los dos sucesivos, ya anunciados, constituirán un excelente punto de partida y una magnífica recopilación de lo ya publicado, de modo que podrán sucesivamente incorporarse nuevas referencias a colegiales, maestros y escolares a medida que vayan siendo mejor conocidos. Tal vez la colaboración del autor con el Centro «Alfonso IX» de la Universidad de Salamanca pueda acelerar esos tiempos e introducir las debidas correcciones.

Queda por último introducir una cuestión que será sin duda motivo de debate. Ya en 1979, don Antonio Pérez Martín advertía de la costumbre, requisito o según los criterios privilegio, disfrutado por los colegiales del mayores desde la Edad Media hasta la época napoleónica, de participar en las lecturas públicas y en las lecturas extraordinarias (*Proles*, I, por ejemplo p. 86, nota 346). Poco importa aquí entrar en la cuestión erudita de si, en cada caso, era una obligación para los candidatos al doctorado o bien un privilegio ostentado corporativamente. Lo cierto es que muchos españoles figuran inscritos, en efecto, en los *rotuli* tardomedievales y modernos de profesores, sin que esto signifique en muchos casos otra cosa que una especial honorificencia, y no el desempeño efectivo y profesional de una cátedra. Tal vez algunos de los profesores contabilizados en esta ocasión deban ser considerados en los sucesivos volúmenes, atendiendo a los criterios del mismo autor, que ha realizado en este caso una de sus aportaciones más útiles y prometedoras a la historia de la Universidad europea más ligada a España.

Pascual Tamburri

Juan Luis Polo Rodríguez, *La universidad salmantina del antiguo régimen (1700-1750)*, Salamanca, Ediciones Universidad, 1996, 623 pp.

Los estudios y publicaciones que se están produciendo sobre la historia de la Universidad de Salamanca en los últimos quince años hacen que la propia Universidad esté de enhorabuena.

Se están dando pasos de gigante en el conocimiento de diversos aspectos y épocas hasta hace poco desconocidos de su pasado. Es cierto que aún falta mucho por hacer, pero también es cierto que se está haciendo mucho y bien. Prueba de lo que decimos es el presente trabajo de Juan Luis Polo, incorporado por pleno derecho a la categoría de historiadores y eruditos de la historia de la Universidad.

Esta obra supone la publicación de la que en su día fuese su tesis doctoral, dirigida con gran acierto por el Dr. Luis Enrique Rodríguez-San Pedro Bezares, y que no sólo mereció la máxima nota del tribunal calificador, sino que además fue premio extraordinario de doctorado.

Presenta la gran novedad de tratarse de un estudio sistemático y exhaustivo de la Universidad de Salamanca de la primera mitad del siglo XVIII, período que, como todos conocemos, estaba aún por desbrozar. Se basa en el análisis y estudio de las fuentes documentales directas que se encuentran en el Archivo de la Universidad de Salamanca (Libros de cuentas, libros de matrículas, libros de grados, etc.)

El libro consta de dos partes claramente delimitadas: la primera, dedicada a la hacienda universitaria, y la segunda, a la población que compone la Universidad.

Gracias a J. L. Polo conocemos la organización hacendística de la Universidad de la primera mitad del siglo XVIII, y cómo esta Hacienda se subdivide en otros tres apartados independientes, que pretendían el logro de tres fines distintos: el sostenimiento material del Estudio, el mantenimiento del Colegio Trilingüe y la asistencia económica de los graduados mayores y sus familias.

El autor nos explica detalladamente el organigrama de esta hacienda universitaria y los cometidos y funciones de cada uno de los claustros, juntas, oficiales y ministros.

Sabemos también que la Universidad se mantenía con fuentes de financiación externas, por lo que las tasas de matrículas eran realmente bajas, lo que permitía a la Universidad estar abierta en los niveles inferiores de estudios a todas las clases sociales.

Estos ingresos provenían fundamentalmente de las tercias reales del diezmo eclesiástico de la diócesis de Salamanca y alrededores (lo que suponía el 84,81 por 100 de los ingresos universitarios) y del arrendamiento de las propias tercias de la Universidad.

Los gastos universitarios iban destinados evidentemente, en primer lugar, a pagar a los catedráticos, lo que suponía el 48,42 por 100 del total. Además el autor destaca la diferencia de sueldos, como también sucediera en siglos anteriores, entre los catedráticos de propiedad y los de regencia o temporales. Y además, por facultades, parece que estaban mejor remunerados los de Cánones, Leyes y Teología. En segundo lugar, un 10,59 por 100 de los gastos universitarios iban destinados a pagar al personal de administración y servicios. Y también con importantes desigualdades en

los salarios de cada uno de ellos. Y el resto del dinero servía para satisfacer las necesidades materiales, funcionales y piadosas de la Universidad (tales como pagar las obras y reparaciones de los edificios, mantener pleitos y negocios, pagar el material del Hospital, pagar pensiones de viudedad o limosnas, etc.).

La segunda parte del libro trata sobre la población universitaria. En el pormenorizado estudio de los libros de matrícula que hace el autor destaca, curiosamente, la fuerte presencia colegial en la Universidad (un 59,28 por 100 de colegiales frente a un 40,71 por 100 de manteístas), o la evolución alcista en el número de matriculados durante el período que trabaja el autor.

Estudiando la trayectoria académica de los estudiantes, se comprueba rápidamente que la Universidad era elitista, debido a barreras intelectuales y, fundamentalmente, a barreras económicas. Aunque parece que las barreras intelectuales eran las menos importantes a juzgar, por ejemplo, por el 93,46 por 100 de aprobados en los ejercicios de bachiller en Artes o el 100 por 100 de aprobados en los exámenes de bachiller en Medicina.

El sistema de provisión de cátedras, que tantos problemas dio a la Universidad, también aquí degeneraría, según el autor, en abusos, desigualdades e irregularidades, favoreciendo claramente a los colegiales mayores y a los religiosos.

Se trata en definitiva de un trabajo serio y sistemático, y en el que cabe destacar un gran rigor científico, de la Universidad de Salamanca de la primera mitad del siglo XVIII. Se convierte en una verdadera fuente de consulta para investigadores y curiosos y en una buena aportación para confeccionar esa gran historia de la universidad que nunca se podrá hacer mientras no haya estudios sistemáticos como éste.

Javier Alejo Montes

Jaume Porta y Manuel Lladonosa (coords.), *La universidad en el cambio de siglo*, Alianza Editorial, Madrid, 1998, 325 pp.

El libro se publica con motivo de la celebración del 700 aniversario de la Universitat de Lleida-Estudi General. Recoge las aportaciones de reconocidos expertos en la materia y pretende contribuir al debate existente sobre la complejidad de las transformaciones actuales y el futuro de la institución universitaria. Se centra en el análisis de la problemática de la universidad de nuestros días desde una perspectiva social. Esta perspectiva alcanza niveles trascendentales que adquieren especial relevancia según se avanza en la lectura. A lo largo de los dieciséis capítulos en los que queda estructurado nos va introduciendo de manera articulada y progresiva, entre

otras, en materias tales como el problema de la organización del conocimiento, la calidad en las universidades, los planes de estudio, la innovación y las nuevas tecnologías, la misión de la universidad o la participación de la sociedad en la universidad.

El libro comienza con unas interesantes y enriquecedoras reflexiones de Edgar Morín, defendiendo la necesidad de una reforma *paradigmática* de pensamiento (necesaria en todos los ciclos de la educación, incluida la universidad). Dicha reforma implica la integración de los saberes, la tendencia a la transdisciplinariedad y una nueva organización del conocimiento para poder alcanzar una cultura diversificada que genere un *pensamiento del contexto y de lo complejo*, con el fin de satisfacer la necesidad social de formar ciudadanos capaces de afrontar la pluralidad de los problemas de hoy en día.

La aportación de Jaume Porta a la obra pasa por una perspectiva de carácter histórico sobre los principales arquetipos mundiales de universidades y las huellas que estos modelos han dejado a lo largo del tiempo sobre la propia concepción de la universidad española. Es un artículo que contextualiza la universidad de hoy con sus influjos del pasado, al tiempo que brinda al lector las características más notables de los diferentes modelos de universidades. Concede también importancia a las perspectivas de futuro de la universidad actual y a los cambios que debe asumir ésta si quiere continuar siendo un referente para la sociedad actual.

En otro orden de cuestiones, Darío Villanueva aborda el análisis del concepto de autonomía universitaria desde una triple perspectiva de análisis: *autonomía jurisdiccional* (que reconoce a las universidades personalidad jurídica propia y el ejercicio de sus funciones en régimen de autonomía), *autonomía institucional* (que se manifiesta en la libertad de cátedra) y la *autonomía financiera*. El autor afirma que, actualmente, es la autonomía financiera la que tiene mayores incidencias en nuestras instituciones, ya que las dos primeras están reconocidas legal y constitucionalmente, y la tercera queda, prácticamente, en manos de las Comunidades Autónomas debido a la gran dependencia económica que tienen las universidades respecto a la financiación pública. Planea la autonomía financiera como un reto real a alcanzar en el cambio de siglo.

Siguiendo a Miguel Angel Quintanilla, puede afirmarse que la calidad y la excelencia académica en las universidades son dos funciones rutinarias dentro de la universidad. Pero, en palabras del autor, la excelencia académica no garantiza la calidad de la organización en la enseñanza universitaria sino que, además, puede implicar una amenaza para ella. Plantea la persecución de un nuevo modelo de calidad que la universidad de masas debe asumir, asociada a las transformaciones que lleva implícitas. Con la universidad de masas se vienen abajo los pilares de la universidad tradicional y es ahora cuando la calidad va a adquirir nuevos parámetros y debe transformarse en un reto y en un objetivo a conseguir, dando paso a nue-

vos modelos de gestión en las instituciones universitarias. El autor también defiende una nueva organización del saber, que recupere los programas de humanidades con una visión más global, integrada y generalista.

Ramón Lapidra pone en entredicho el proceso de reforma de los planes de estudio a través de las vicisitudes y errores de la reforma. Analiza los dos principales problemas que la reforma presenta: por un lado, la larga duración de las nuevas titulaciones, que llevan a una sobrecarga de créditos a los alumnos (con el consiguiente aumento de no presentados y de fracaso escolar); por otro, el excesivo *blindaje*, que tiende a una especialización *desbocada y prematura* no adaptada a las necesidades de nuestro tiempo. Pero además, existen otros problemas implícitos que el autor denuncia: la mayor optatividad y diversificación-atomización de las nuevas materias en varios módulos o asignaturas; la descoordinación entre los profesores que imparten diferentes módulos de una misma materia; la dispersión de los horarios de los estudiantes; las pugnas entre el profesorado; la complicación que dicha diversificación introduce en el proceso de matriculación por módulos; la inclusión de toda la enseñanza superior en el marco organizativo de la universidad. El autor aboga por una mayor democratización en el proceso de reforma de los planes de estudio para garantizar el interés general y en aras de conseguir una nueva orientación que permita obtener una formación más adecuada.

La sugestiva reflexión que realiza Ana Gené, como resultado del conjunto de experiencias acumuladas en calidad de maestra y profesora de universidad, se centra en el desarrollo de actitudes y valores subjetivos que se desarrollan en los niños durante la labor educativa en la escuela (relacionados con el acercamiento y la comprensión del mundo que nos rodea, el fomento de la actitud crítica y alternativa, la participación en la sociedad, el fomento del placer de aprender, la expresión de opiniones, etc.) para reflexionar sobre la enorme discrepancia existente respecto a la universidad. Destaca tres crisis dentro de la universidad: la crisis en la comprensión del conocer humano, la crisis en la capacidad y responsabilidad educativa y la crisis en la relación con la sociedad. Por eso plantea la necesidad de establecer una nueva base de conocimientos, no basados en la transmisión de los ya elaborados y acabados, sino en una enseñanza orientada en la experiencia y la práctica diaria, basada en la formación humanista, creatividad y en la *no neutralidad* (entendida como aceptación de conocimientos que no son independientes de las dinámicas sociales) con el fin de enseñar a los alumnos a construir nuevos conocimientos. Para ello, afirma, la universidad debe hacer una crítica de sí misma y debe aprender a construir una universidad que sepa educar en la complejidad, en la incertidumbre y en el conflicto.

La innovación educativa es examinada en el artículo de Finn Kjersdam. El autor plantea, por un lado, el problema de transmisión de los conocimientos dentro de la enseñanza tradicional de la universidad y propone la

enseñanza por proyectos orientados a la solución de problemas (Problem-oriented Project Learning o PPL) como una técnica innovadora alternativa, mediante la cual los alumnos aprenden a resolver problemas teóricos no resueltos y ajenos a la universidad. El papel de los profesores queda relegado a la supervisión del proyecto realizado en grupos pequeños y a las clases de apoyo. Presenta las ventajas del PPL, frente a los métodos tradicionales, en respuesta al reto de una sociedad cambiante al fomentar la integración de la teoría y la práctica consiguiendo una mayor cualificación y adaptación al mercado laboral. Completa su exposición con los resultados de una encuesta realizada por investigadores de la universidad danesa de Aalborg realizada a entre estudiantes de ingenierías y a ingenieros profesionales para indagar los motivos por los cuales habían escogido este tipo de enseñanza. Así, nos ofrece, entre otros, datos interesantes sobre concordancia de expectativas, la valoración del peso del proyecto y de las clases dentro del programa, las cualidades deseables y acreditadas de los supervisores, la coherencia técnica del programa o la valoración del sistema de examen.

Por otro lado, Gabriel Ferraté Pascual centra su aportación en las implicaciones y las oportunidades que las nuevas tecnologías aportan a la función docente de la universidad (el autoaprendizaje, la comunicación y los sistemas mixtos). Parte de la base que la universidad está obligada a cambiar para superar las barreras del tiempo y del espacio, apoyada en las nuevas posibilidades que ofrecen las nuevas tecnologías de la información; en este sentido, compara las diferentes modalidades operativas de la formación, combinando las características de sincronía/asincronía y concurrencia/no concurrencia con los atributos y las características funcionales de uso que se derivan de ellos (flexibilidad, interactividad, inmediatez, personalización y viveza). Así, analiza las ventajas y desventajas que aportan la formación universitaria presencial, los centros de autoaprendizaje, la teleformación y videoconferencia/telefonía y la formación universitaria no presencial a través de las diferentes opciones que ésta presenta (enseñanza por correspondencia, mediante materiales multimedia y la formación en entornos virtuales). El autor destaca el campus virtual de la Universitat Oberta de Catalunya y propone el concepto de hiperuniversidad, entendida como *una entidad que cumpla con la genuina función formativa propia de la Universidad liberándose de las limitaciones espacio-temporales de la Universidad presencial y que se caracterice por estar centrada en el usuario, en todos y cada uno de sus usuarios.*

Josep M. Bricall sugiere que las transformaciones acontecidas desde mediados de siglo a escala mundial en las relaciones universidad-sociedad (debidas principalmente a la nueva organización del trabajo propiciada por la industrialización y las consiguientes necesidades sobre la formación), deben llevar a las universidades a dos nuevas situaciones: en primer lugar, a la adopción de nuevas actitudes que les permitan ejercer un diálogo con

el resto de agentes sociales, culturales y políticos implicados con el fin de adoptar una política activa de intervención en los mismos campos en los cuales la sociedad avanza y, en segundo lugar, a las reestructuraciones necesarias que garanticen la participación social en los órganos de gobierno en la institución universitaria. Los Consejos Sociales también son merecedores, por parte del autor, de unos comentarios adicionales dedicados principalmente al caso español.

Mientras tanto, José Sarukhan, realiza la única referencia a las universidades latinoamericanas de todo el libro. Después de unas reflexiones de carácter general sobre el papel que la universidad juega en el desarrollo de las diferentes concepciones de cultura y la labor primordial que ésta desarrolla respecto a la función educativa y cultural de las sociedades, pasa a centrarse en el contexto universitario latinoamericano. Así, describe los principales problemas estructurales, internos y externos, provocados en cierta medida por el paulatino proceso de asimilación de modelos universitarios de los países más poderosos, que les ha llevado a una situación de dependencia científica y tecnológica y a una dominación cultural manifestada en una pérdida de identidad nacional y una mayor vulnerabilidad frente a otras naciones más desarrolladas. En este contexto, el autor determina las diferentes contribuciones que la universidad debe hacer para garantizar las condiciones y resultados rescatables de una universidad de elites aplicada a las condiciones de una universidad de masas.

Manuel Lladonosa, destaca los elementos que están contribuyendo a los cambios que se producen en la universidad actual y plantea la necesidad de establecer un diálogo entre la universidad (como servicio público) y la sociedad. Para ello, identifica los agentes que pueden participar en el diálogo: los consejos sociales, los propios alumnos, los profesores, los empresarios, los sindicatos y las asociaciones, defendiendo una relación más fluida entre todas las esferas.

La visión que nos ofrece Pedro Ruiz, sobre las relaciones entre el gobierno y las universidades y sobre los problemas heredados en el periodo de transformación de la enseñanza superior a finales de los años sesenta en España nos pone de manifiesto las relaciones y las consecuencias que el ejercicio de la autonomía universitaria ha venido ejerciendo dentro del marco del intervencionismo estatal, a veces excesivo y a veces insuficiente. El autor percibe el mal planteamiento de las relaciones existentes entre el intervencionismo estatal y la autonomía universitaria, en cuanto a tres problemas trascendentales: el profesorado, los planes de estudio y el papel del Consejo de Universidades en el nuevo contexto de transferencia de competencias a las Comunidades Autónomas. Por ello, delimita las relaciones y el reparto de competencias entre poderes públicos y universidades para superar los desequilibrios que han caracterizado a lo largo de todo el periodo y echa en falta, dentro de las universidades, una visión amplia de los problemas, la definición de objetivos prioritarios, un realismo en las estra-

tegias y una actitud positiva y responsable a favor de la creatividad y la innovación.

En un breve artículo, pero cargado de contenido emocional, Teresa Sanromán plantea su malestar hacia determinadas actitudes desarrolladas en la universidad por parte de la comunidad científica investigadora ante determinados colectivos sociales marginados: los inmigrantes y los gitanos. En este sentido, critica o cuestiona el distanciamiento y la deshumanización por parte de los investigadores que pretende reducir a dichos colectivos a la categoría de meros *instrumentos de toma de datos*. Denuncia el atropello a que se les somete y anima a la universidad a potenciar la calidad de las relaciones humanas, con el fin de permitir la comprensión de la variedad cultural.

El ideal de solidaridad y el voluntariado son dos temas que también tienen cabida en esta obra. A través de la aportación de Javier de Lucas, nos situamos en el debate existente, en un contexto de crisis del Estado de bienestar, entorno a las *trampas* relacionadas con el riesgo de manipulación estatal y lo que se ha denominado la *solidaridad domesticada*. Define a las ONG como principales, pero no únicos, instrumentos de solidaridad y cooperación. En este sentido, defiende que la universidad debe jugar un relevante papel dentro del tercer sector (entre el mercado y el Estado), como interlocutor de las políticas públicas y como agente dinamizador y formador de una cultura de solidaridad dentro del entorno universitario.

Juan Antonio March, reflexiona sobre la creciente utilidad que la cooperación internacional aporta a la universidad. Analiza las acciones y los programas de cooperación desarrollados en el ámbito universitario y el grado de participación de cada uno de los actores principales que intervienen en el proceso: la propia universidad, los diversos colectivos universitarios (profesores, investigadores, gestores y estudiantes), los poderes públicos y el sector privado. Destaca varios logros ya conseguidos en materia de cooperación internacional: mayor participación de la universidad en materia de cooperación internacional, la gran predisposición dentro del mundo universitario y la ampliación creciente de los recursos financieros que se destinan. Por el contrario, el autor aún identifica muchas asignaturas pendientes, entre las que destaca la necesidad que tiene la universidad de elaborar un plan estratégico en materia de cooperación internacional y de iniciar un partenariado con el sector privado, en el desarrollo de programas de cooperación internacional en los países en desarrollo.

El libro finaliza con una perspectiva de futuro sobre el papel y las nuevas funciones que las universidades del siglo XXI deben desarrollar, y que Federico Mayor Zaragoza nos presenta bajo la perspectiva de la UNESCO. Nos describe los *nudos gordianos* de nuestra época y establece los criterios que deben seguir las universidades para dar respuestas a las rápidas necesidades de un mundo en constante cambio: pertinencia, calidad e internacionalización. Para ello, las universidades, dentro del *triángulo interactivo*



que forman la paz, la democracia y el desarrollo, deben basarse tanto en el mérito como en la autonomía para contribuir a preservar el legado pasado y, consiguientemente, también a aumentarlo.

En definitiva, el libro constituye un documento interesante, repleto de sugerencias y puntos de vista enriquecedores, en el que destaca la firmeza y la solidez de sus argumentos. Destinado a todos aquellos que, interesados en la problemática de las universidades de nuestro tiempo, deseen empaparse de cada una de las aportaciones que el discurso de estos expertos nos ofrece.

Carmen Merino

Renán Silva, *Universidad y sociedad en el Nuevo Reino de Granada. Contribución a un análisis histórico de la formación intelectual de la sociedad colombiana*, Santafé de Bogotá, Banco de la República, 1993, 477 págs.

Obras como ésta que traemos aquí del profesor Renán Silva son un claro exponente de la renovación que están experimentando los estudios históricos en buena parte de Latinoamérica, con la introducción de las nuevas tendencias y métodos de investigación de las Ciencias Sociales. Especialmente novedosa y fructífera está resultando esa renovación en la Historia Social de la Cultura y bastante rara su aplicación al estudio de aspectos de la realidad histórica universitaria.

El Dr. Silva, sociólogo, Decano de la Facultad de Ciencias Sociales y Económicas de la Universidad del Valle (Colombia), hace gala de una amplísima formación interdisciplinar, que se completó posteriormente con su Tesis francesa y que convierte sus ya numerosos trabajos<sup>1</sup> en referentes obligados para el que pretenda acercarse desde estas perspectivas de sociología histórica a las realidades culturales del Nuevo Reino de Granada en los últimos tiempos de la Colonia.

Este trabajo, ya del año 1993, es objeto de nuestra reseña, además de por las razones señaladas, por su casi nula difusión en España (ni siquie-

---

<sup>1</sup> Entre los que podemos citar: *La Reforma de estudios en el Nuevo Reino de Granada: 1767-1790*, Bogotá, Universidad Pedagógica Nacional, Centro de Investigaciones, 1981, 116 pp.; *Los estudios generales en el Nuevo Reino de Granada, 1600-1760*, Bogotá, CIUP, 1981; «Problemas de investigación sobre la Universidad Colonial», en *Revista Colombiana de Educación*, n.º 12, II Semestre, 1983; *Saber, cultura y sociedad en el Nuevo Reino de Granada, siglos XVII y XVIII*, Bogotá, CIUP, 1984; Renán Silva y Alberto Martínez, *Dos estudios sobre educación en la Colonia*, Bogotá, Universidad Pedagógica Nacional, 1984.

ra en bibliotecas especializadas es fácil de encontrar) y por su carácter de estudio modélico para los objetivos que se plantea que, en cierto modo, se enuncian ya en el subtítulo: contribución a un análisis histórico de la formación intelectual de la sociedad colombiana.

Se trata de un estudio, como en el autor es habitual, basado esencialmente en fuentes documentales inéditas de archivos históricos colombianos (en especial, el Archivo Histórico Nacional de Bogotá y el Archivo del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario) y en sus amplios conocimientos y certeras reflexiones sobre la cultura, la educación, los intelectuales y la Ilustración en el Nuevo Reino de Granada. Quiere esto decir que pese a realizar una lectura notable de la historiografía más destacada no es este libro un ejercicio de erudición bibliográfica. Incluso puede echarse de menos una bibliografía más allá de la dispersa en las notas a final de capítulo.

Ya en la introducción, el autor nos plantea como objeto de este libro analizar «un sector de la intelectualidad en la sociedad colonial de la Nueva Granada: los escolares y los catedráticos de las universidades santafereñas, y coloca su horizonte dentro de una perspectiva que puede ser denominada Historia Social de la Cultura, aunque la indagación que aquí realizo se limita al campo de la cultura escolar» (p. 15).

Y fija ese objeto a partir de unos puntos de partida historiográficos que estima que deben ser corregidos —opinión con la que coincidirán aquellos lectores que conozcan bien la historiografía que podríamos denominar tradicional sobre universidades latinoamericanas—. Piensa que estos estudios de Historia Social de la educación deben despojarse del ropaje «lírico y emotivo» que con frecuencia los ha envuelto, ofreciéndose «por todas partes educadores de alma noble; por todas partes magnánimas y nunca superadas empresas educativas» (p. 20). Por otro lado, censura también que apenas se hayan centrado los trabajos en los primeros tiempos de la Conquista y, sobre todo, para esta Historia Cultural, en los últimos treinta años del siglo XVIII, olvidando la visión general del proceso.

Todo ello no queda en una simple declaración de intenciones, sino que son premisas que alientan las páginas del libro. Éste está estructurado en cuatro capítulos perfectamente encadenados. En los dos primeros se nos ofrece un panorama de la población universitaria. En primer lugar, con las aportaciones estadísticas y cuantitativas de la misma, centradas en los Colegios Mayores de San Bartolomé y de Nuestra Señora del Rosario —el propio autor señala que hace una primera aproximación a esa población en la línea de los trabajos de Kagan y Peset para España—. Y en segundo término, ofreciendo un análisis del perfil histórico de estudiantes y catedráticos, su origen geográfico y social, su vida corporativa, etc.

Los dos últimos capítulos nos muestran primero un panorama general de la intelectualidad y sus diferentes sectores y, después, aspectos concretos de la Ilustración neogranadina —cultura, política, regiones...

Una de las virtudes del trabajo es su realismo en cuanto a las posibilidades de la documentación. El autor ha ceñido el ámbito institucional y cronológico de la investigación al que las fuentes documentales primarias le acotaban, particularmente en sus dos primeros capítulos.

Estamos, en definitiva, ante un trabajo y una línea de investigación de indudable interés no sólo en el ámbito neogranadino sino para todo el que esté interesado en estudios de este tipo relativos a América y España, por su enfoque, sus fuentes y sus atinadas y sugerentes interpretaciones.

Enrique Villalba

Sociedad Española de Historia de la Educación (ed.), *La universidad en el siglo XX (España e Iberoamérica)*, Departamento de Teoría e Historia de la Educación, Universidad de Murcia, 1998, 719 pp.

El Departamento de Teoría e Historia de la Educación de la Universidad de Murcia organizó durante los días 21 al 24 de septiembre de 1998 el X Coloquio de Historia de la Educación, bajo el lema la universidad en el siglo XX (España e Iberoamérica), en el que participan fundamentalmente profesores de una treintena de universidades españolas, tanto públicas como privadas.

Las ponencias y comunicaciones ahora publicadas tratan sobre todo de la universidad española, con algunas referencias a las universidades latinoamericanas –un total de ocho de las ochenta y dos que componen el libro–, centradas en los casos de cuatro países: Venezuela, Argentina, Chile y Brasil. La mayor parte de ellas se refieren a distintos aspectos de la historia reciente, sólo algunas versan sobre la problemática actual de la universidad en los albores del siglo XXI.

Las ponencias corrieron a cargo de Angeles Galino, Mariano Peset y Manuel de Puelles Benítez, que abordaron temas tan sugerentes como la vocación científica de la universidad, el centralismo y la autonomía en las universidades a lo largo de los siglos XIX y XX, y la política universitaria y el debate público en la España del primer cuarto de siglo, respectivamente.

Pero son las comunicaciones las que ocupan la mayor parte del voluminoso libro y están estructuradas en cuatro secciones: la política universitaria, el currículum, los profesores y estudiantes y la Historia de la Educación como disciplina académica y campo de investigación.

La primera de las secciones concerniente a la política universitaria agrupa temas muy heterogéneos, que van desde la creación de universidades en España como el caso de la Universitat de les Illes Balears (Antoni J. Colom y Bernat Sureda), la Universidad de Extremadura (Felicidad Sánchez) o la Universidad de Murcia (Encarna Nicolás e Isabel Marín) entre otras, hasta la influencia del régimen franquista en la política educativa

(Rufino Cano y Clara Revuelta) y su alcance en diferentes universidades: Valencia (María Fernanda Mancebo), Salamanca (José María Hernández) o el Colegio universitario de Girona (Salomó Marquès). Incluye también comunicaciones sobre la función social de la universidad (Juan Manuel Fernández), la creación de colegios universitarios ante el problema de la masificación universitaria (Carmen Labrador y Ángela del Valle) y el crecimiento de la universidad española en el último tercio del siglo (Diego Sevilla).

En relación con el currículum, adquieren singular relevancia los estudios presentados por algunos autores desde diferentes enfoques sobre formación de profesorado (J. Mariano Bernal y J. Damián López, Soledad Montes), los orígenes de la pedagogía (Enrique Belenguer, Víctor Manuel Juan Borroy), y de otras enseñanzas como la historia (José Alcaraz e Hilario F. Rodríguez), la educación física (Iván López), las ciencias naturales (Dolores Fernández), la educación ambiental en magisterio (M.<sup>a</sup> de la Paz González). Con un enfoque más actual nos encontramos tres artículos de contenido diverso, producción y consumo de libros de textos universitarios (Miguel Beas), el método Deweyano y la enseñanza universitaria (Virginia Guichot) y la propuesta actual sobre el currículum universitario basado en el árbol de conocimiento viquiano (M.<sup>a</sup> José Rebollo).

Otra de las secciones que suscita más intervenciones es la destinada a profesores y estudiantes, en ella destaca la atención prestada –un tercio del total– al estudio de las mujeres en diferentes épocas y contextos (Pilar Ballarín, Angela Caballero y otros, M.<sup>a</sup> Dolores Coteló, Sara Riaño, Victoria Robles, Carmen Sanchidrián) aunque no faltan distintas aportaciones sobre profesorado universitario (Juan Antonio García e Inmaculada Masera, Jose Ignacio Cruz, Francisco Martín). Mención especial merecen los estudios sobre estudiantes que hacen referencia a la situación laboral de los licenciados de pedagogía (Catalina Guerrero y Ana Sebastián) y a la participación de los estudiantes en la gestión de la universidad (Julián Jesús Luengo).

La última parte del libro reúne las comunicaciones que hacen alusiones concretas a la Historia de la Educación como elemento formativo de los educadores (Antonia Carreño y otros), a los objetivos y métodos de la Historia de la Educación (Ángeles Dorado), entre otras.

Carmen Merino

Pascual Tamburri Barriain, «*Natio hispanica*». *Juristas y estudiantes españoles en Bolonia antes de la fundación del Colegio de España*, Bolonia, Publicaciones del Real Colegio de España, 1999, 293 pp.

Como no podía ser menos, la recuperación del pasado del celeberrimo foco universitario boloñés, la indagación sobre sus orígenes, su imi-

tado modelo de organización y funcionamiento y su incomparable contribución a la formación y ulterior difusión europea del denominado Derecho Común, ha recabado una atención preferente por parte de quienes se han implicado en el estudio de la historia de las universidades. En una dimensión más reducida, el propósito de evaluar la importancia cuantitativa y la presencia institucional de las distintas colectividades «nacionales», italianas y foráneas, de docentes y estudiantes, que se integran, ayudando a articularlo, en el complejo entramado del Estudio de Bolonia en su período de apogeo medieval, ha estimulado también diversos y fructíferos acercamientos, acotados normalmente en razón de la común procedencia de cada grupo analizado. Por lo que se refiere al ejemplo peninsular, la constancia de nutridas representaciones de maestros y escolares provenientes de los diferentes reinos hispánicos, así como la trascendencia de su papel en la propagación de las nuevas concepciones jurídicas asimiladas durante su estancia boloñesa, han sido objeto de los esfuerzos de autores sobradamente reconocidos como R. Gibert, A. García y García o A. Pérez Martín, entre otros. Un empeño que se ha visto extraordinariamente favorecido gracias al decidido apoyo de una institución, el Colegio de San Clemente, ahora Real Colegio de España, que a través de una valiosa serie de publicaciones —la última, la obra que aquí nos ocupa—, consigue reforzar, si cabe, el rotundo protagonismo que desde su fundación, en 1368 por el cardenal Gil de Albornoz, ha venido asumiendo como canalizador del, todavía hoy vigente, flujo de estudiantes hispanos atraídos por el brillo de la vieja y acogedora ciudad lombarda.

Huésped él mismo de tan venerable centro de alojamiento, Pascual Tamburri ha preferido, sin embargo, prolongar su salto retrospectivo más allá del tramo vital del propio Colegio, y enmarcar su pesquisa sobre la entidad y la influencia de la presencia de juristas y estudiantes peninsulares en Bolonia en unas décadas, las que preceden a la citada fundación, que nos son bastante menos conocidas; pero, aunque su visión abarca una panorámica más amplia, se detiene muy particularmente en el período comprendido entre los años 1298 a 1330, clave en su opinión, y en la de otros reputados especialistas, para comprender el peso del sector ultramontano en la universidad boloñesa y el enorme significado del retorno de sus miembros a los países de origen, portadores del renovador equipaje de la formación jurídica adquirida; y toma esa fecha como cierre por inaugurar otra etapa de paulatino declive de la posición de los no italianos, que viene a coincidir con los primeros síntomas visibles de la irrupción de fuertes vientos de crisis y de cambio, representados por el agotamiento del método de la glosa y la aparición de la escuela de los comentaristas, el éxito de doctrinas rompedoras como las de Marsilio y Ockam o el triunfo del aristotelismo y la dialéctica.

Se cuida Tamburri de advertirnos que lo que nos presenta constituye nada más que una apretada, mínima, síntesis de las conclusiones de una tesis doctoral, y que sólo pretende que sirva de incentivo para otros trabajos. Loable ejercicio de sana prudencia que después repite, al precisar que únicamente persigue proponer unos resultados provisionales y perfeccionar unos esquemas metodológicos susceptibles de aplicación a investigaciones más extensas. Sentados, pues, estos objetivos, en apariencia limitados, de la lectura del libro irradia una impresión bien distinta, porque las informaciones, los hallazgos y las jugosas sugerencias que la obra va desvelándonos no resultan, en absoluto, desdeñables.

Dentro del catálogo de aportaciones que el autor aspira a ofrecernos figura, sin duda, en puesto relevante la ampliación del aparato metodológico que ha venido dando soporte a precedentes incursiones en este campo. Empezando por el tratamiento de las fuentes, de las que, en lo relativo a España, nos dice, falta todo, no sólo la publicación íntegra de las disponibles, sino incluso algún tipo de estudio preliminar; carencia a la que no es ajena la propia abundancia del volumen documental existente, que dificulta seriamente la tarea de someterla a un despojo sistemático. No obstante, esta rica acumulación de fuentes contrasta con la escasez de los datos que proporcionan a los efectos que nos ocupan, ya que, a la ausencia de matrículas generales del Estudio, se suma la carencia de matrículas particulares de las *nationes* hispanas anteriores al siglo XV, sin que este vacío permitan cubrirlo otros fondos de documentación universitaria, especialmente administrativa, al menos con antelación a la creación del Colegio de San Clemente. Ahora bien, para remediar el grave desconocimiento que tales inconvenientes han proyectado sobre tan extensa y sustancial etapa, cabe acudir —y he aquí una de las principales contribuciones del trabajo— a una copiosa masa de materiales de archivo no universitarios: pontificios, imperiales y, sobre todo, municipales, como es el caso de las *Carte di Corredo* y otros registros del tribunal ciudadano del *Podestà*, con atribuciones jurisdiccionales penales sobre los estudiantes, o, incluso, eclesiásticos —por ejemplo la reveladora documentación del hospital de Santa María de la Mascarella, dependiente del establecimiento navarro de Santa María de Roncesvalles—, que, a pesar de su desorden y excesiva prolijidad, tomados en conjunto abren inmensas posibilidades de investigación. Favorables perspectivas que se ensanchan aun mucho más si a este robustecido bagaje le añadimos la riqueza de noticias rastreables en la, también cuantiosa, documentación privada, en especial en la notarial, que nos provee de instrumentos tan útiles como los llamados *Memorialia communis*, donde quedaban registrados todos los actos jurídicos documentados que implicasen una transmisión patrimonial de valor superior a 20 libras, recogiendo, además, en su detallada anotación valiosas referencias sobre la identidad y la condición económica y personal de los actores del negocio, muchas veces estudiantes.

Pertrechado, pues, de tan incrementado arsenal documental, Tamburri se atreve, además, a desviar el punto de mira de su observación. Así, frente a la tradicional primacía de los análisis cualitativos sobre la transmisión del saber jurídico, su contenido y sus figuras más sobresalientes, decide enfocar su visor hacia otros aspectos, digamos cuantitativos, de la presencia hispana en Bolonia que considera bastante descuidados por la historiografía precedente, a contrapié de su incuestionable relevancia: su peso demográfico, absoluto y relativo, el reflejo y la incidencia de su actividad en la vida universitaria y ciudadana, las consecuencias derivadas de su regreso a los reinos de procedencia o las formas institucionales en que se concreta dicha presencia son asuntos que pasan a ocupar un lugar preeminente entre las preocupaciones del autor.

Para abordarlos, se inspira en el magno, aunque inconcluso, proyecto del suizo Sven Stelling-Michaud<sup>1</sup>, planteándose el reto de verificar si su método y su modelo, aplicados al caso helvético, son trasladables al hispánico. Lo que implica un recurso permanente e intenso a las técnicas prosopográficas, aún insuficientemente explotadas en nuestro ámbito, pero que, aunque no exentas de riesgos, cuando se consigue manejarlas con destreza son susceptibles de permitir el trazado de un buen surtido de semblanzas individuales, de cuya convergencia y comparación cabe extraer algunas importantes conclusiones generales. Así sucede, en nuestra opinión, con el trabajo de Tamburri, quien, si bien en ocasiones parece bordear un deslizamiento hacia el siempre acechante peligro de perderse en una exposición excesivamente adornada de apuntes biográficos, logra sobrepasar éstos para, en unión de los datos obtenidos mediante otros métodos más habituales de análisis documental, depararnos un apreciable conjunto de conclusiones finales relativas a problemas nucleares del tema que trata: la distribución cronológica y la evolución numérica de la constancia de maestros y

---

<sup>1</sup> Su proyecto de construcción del que denomina *Corpus Scholarium Bononiensium (Ultramontanorum) Medii Aevi* ha ido concretándose, siguiendo criterios varias veces cambiantes, en: *L'Université de Bologne et la pénétration des droits romain et canonique en Suisse aux XIIIe et XIVe siècles*, Ginebra, Librairie E. Droz, 1955, «L'Université de Bologne et la Suisse, à l'époque de la première réception du Droit Romain», en *Studi e memorie per la storia dell'Università di Bologna*, Bolonia, Istituto per la storia dell'Università, 1956, 547-588, «Plan de recherche pour l'établissement d'un Corpus des étudiants européens (juristes, médecins, théologiens) ayant étudié à Bologne de 1270 à 1500», en *Bollettino storico-bibliografico subalpino*, 54, Turín, 1956, 191-195 o *Les juristes suisses à Bologne (1255-1330). Notices biographiques et registes des actes bolonais*, Ginebra, Travaux d'Humanisme et de Renaissance, 1960.

escolares hispanos asentados en Bolonia, así como la identificación de los factores que explican el sentido de ambas trayectorias, el reparto geográfico de sus orígenes, la proporción entre clérigos y laicos, su promedio de edad, su grado y vías de integración social, los mecanismos corporativos e institucionales adoptados para organizarse, protegerse y reforzar su cohesión, sus diversiones, sus roces con la justicia, su implicación en los avatares políticos de la ciudad o, en fin, su decisivo papel posterior como importadores de los esquemas jurídicos y la mentalidad respirados en su estancia boloñesa, al retornar a la Península e instalarse en puestos políticos, universitarios o judiciales privilegiados, son cuestiones sustantivas para las que en estas páginas se intenta ofrecer respuestas.

Son, todas éstas, consecuciones muy positivas que, asociadas a otras virtudes, como la de incorporar una completa y actualizada selección bibliográfica y acompañarla de un interesante juego de apéndices e índices, vienen en buena medida a desmentir la modestia de los planteamientos que el autor anunciaba. Si acaso en algún apartado asoma la provisionalidad que éste proclama es —esperamos—, con una acepción diversa a la por él empleada, al destaparse algunas deficiencias que, aunque menores y fácilmente subsanables, de sobrevivir en ellos podrían deslucir los logros que le auguramos en sus futuros trabajos: frecuencia excesiva de erratas, ligera tendencia erudita a exagerar la descripción del dato accesorio, recurso abusivo a cierta terminología —«España» y «españoles»— cargada de connotaciones, cuyo trasplante indiscriminado a cualquier época pretérita cuesta aceptar sin reticencias, o ciertos problemas de ajuste y, al mismo tiempo, de deslinde, tanto al organizar los epígrafes como en su desarrollo, entre lo que constituye la exposición de los resultados basados en constataciones empíricas personales y el, siempre necesario, arropamiento teórico contextualizador de las mismas, son las que se nos antojan más visibles.

Buena carta de presentación supone, en definitiva, esta enjundiosa publicación, en la que Pascual Tamburri nos da pruebas de un serio y riguroso quehacer, de una indudable pericia en el tratamiento de las fuentes y de una prometedora capacidad para proponer interpretaciones, que, ¡ojalá!, desemboquen en un proyecto más ambicioso e integrador, que aspire a abarcar y ensamblar esa doble vertiente en que —tomando prestadas sus propias citas—, según J. Verger, debe descomponerse el examen de la compleja realidad universitaria: el contenido de las enseñanzas y la historia de la institución universitaria en sí; o, lo que es igual, en definición de Stelling-Michaud, su papel ideológico y su función formativa. Empresa nada sencilla, pero excitante, que el autor parece tener en su horizonte y a la que desde aquí le animamos.



Luís Reis Torgal, *A Universidade e o Estado Novo. O caso de Coimbra, 1926-1961*. Coimbra, Minerva, 1999.

La Universidad de Coimbra es sin duda, para los portugueses, un espacio de mitificación («y hasta de mistificación») que la convierte en una pieza clave, no sólo en la historia intelectual y sociocultural del país entero, sino también en su historia política. Su carácter institucional, en este orden de cosas, quedó fijado con el *Estado Novo* (1926-1961), y sería precisamente éste el que la llevaría —apenas con fluctuaciones en su larga andadura— a desplegar sus facultades máximas.

Contribuyó a reforzar esta vinculación el hecho de que Oliveira Salazar fuese catedrático en su Facultad de Derecho, y nunca se olvidase —a pesar de su larga permanencia en el poder— de esta condición. Quien fue llamado el «dictador catedrático» era, también, un «modesto ciudadano de Coimbra», que optó primero por apoyarse en su *alma mater* para poner en marcha su «imperativo católico» y, enseguida, después su «imperativo nacional». (La distinción entre «político» y «nacional» que forma parte de las dictaduras es, dicho sea de paso, una de las principales aportaciones de este estudio). Aquello que Unamuno, en 1935, llamó «fascismo de cátedra» halla aquí su soporte y una parte importante de su radicación. El profesor Luis Reis Torgal ha desbrozado ágilmente el camino, en este bien trabajado ensayo sobre la Universidad de Coimbra durante cuatro décadas del siglo XX, para profundizar en un asunto que, sin quedar agotado en el volumen, dice a propósito de aquellas relaciones lo esencial.

A la hora de poner manos a la obra (una obra que ha llevado años de búsqueda en los archivos, de discusión con los alumnos, y de trabajos monográficos previos de diverso tenor), Reis Torgal valoraba las distintas aportaciones de la historiografía sobre el *Estado Novo*, mas echaba de menos suficientes estudios sobre esta larga etapa en la enseñanza superior. (A la cual, sin embargo, considera mejor tratada en la historiografía española, por ejemplo, en una valoración quizá un tanto benévola, en cuanto a la cantidad de los estudios disponibles, en mi opinión).

La educación universitaria, no obstante, constituye —escribe el autor en la p. 14 de su libro— «una de las áreas fundamentales en el proceso de formación ideológica del Estado Novo, y uno de los puntos sensibles de desgaste del régimen». Procedía, por tanto, adentrarse en una selva de fuentes abundantes, bien conservadas y de fácil acceso (las más inaccesibles, que quedan para otro esfuerzo posterior, son desde luego las de Interior y la policía política).

El libro aporta luz sobre un puñado de cuestiones diversas y plurales (como no puede por menos de ser, en una historia de la universidad), pero consigue mantenerse muy bien sobre el eje central, el que otorga al volumen su nervio y coherencia. La relación entre pensamiento católico y salazarismo se ilumina a través de los hilos de la Academia y la Universidad

conimbricenses: «No hay que olvidar —escribe Reis Torgal, p. 92— que el catolicismo formaba parte integrante de la ideología del salazarismo y de la propia estructura de pensamiento universitario de Coimbra».

Hay, pues, aquí un análisis de aportación primaria a la historia política, que habrá de ser tenido en cuenta de manera central, en adelante: cómo fue que, en Portugal, la Universidad —y, de modo especial, la de Coimbra— participó de lleno en las tareas del Estado (*estado novo*, al fin), en una suerte de identificación estrecha que trascendía lo particular e ideológico para hacerse, invadiendo los terrenos y esferas, ampliamente social y estructural.

Pero el libro que comentamos es, también, una espléndida demostración de la ambigua función del término *autonomía universitaria* (de útil aplicación, sin duda alguna, al conjunto de la historia universitaria peninsular, pues no otra cosa, sino diversas concepciones y usos del término *autonomía* se dieron en el franquismo, y aun antes, en nuestra universidad). Persiguiendo sus orígenes, desde la fecha de 1904, y rastreándola hasta los años 60 en sus principales portavoces y autores, midiéndola a grandes trazos en sus lineamientos y divergencias, acierta Reis Torgal al advertirnos que «no se puede hablar de *autonomía* sino de *autonomías*», y que es el término en cuestión «complejo y polivalente». De hecho, «puede asumir un carácter “universitario” (defendido sobre todo por la jerarquía) o un carácter “académico”. Puede revelarse bajo la forma de autonomía institucional, pedagógica, científica, administrativa, etc. Puede ser encarada como expresión de una sociabilidad típica, portadora o defensora de ciertas tradiciones y de ciertos derechos o privilegios. Puede tener una dimensión “corporativa”, “corporativo-orgánica” o “sindical”. Puede basarse en la tradición o tener un carácter innovador. Puede revelar funciones transformadoras o conservadoras. Puede manifestarse como un factor de unión o de escisión...» (p. 204).

Para quienes esperaran encontrar en el texto la crónica de una oposición política al régimen de Salazar, son menos las aportaciones del estudio, sin duda, que no oculta sin embargo en qué medida, para unos cuantos de los protagonistas, las actuaciones de renovación y crítica —política, académica, todo a la vez— tomaron forma de lo que se entendió como un «suicidio de los catedráticos». Tampoco la participación en los conflictos que, procedentes del ámbito estudiantil, tienen a los estudiantes de ideología comunista como protagonistas políticos son objeto principal de este estudio. Un campo éste en el que, a pesar de los textos y testimonios precedentes, quedaría mucho por explorar. Como el propio Torgal indica, se conoce mucho mejor la crisis académica de 1962 que la de 1969, y aun se ha pensado poco acerca de las alternativas o discrepancias realmente existentes en cuanto a la orientación cultural predominante bajo el salazarismo.

Para el lector español de este volumen quizá sea oportuno recordar que el dictador Francisco Franco sería distinguido con un *doctorado honoris causa* por Coimbra en el año difícil de 1949. Le habían precedido, es preciso indicarlo, algunos otros episodios de acercamiento político y cultural entre los dos

países, entre los dos sistemas. En mayo de 1937 por ejemplo, Eugenio D'Ors, mensajero oficial en un esfuerzo de aparente lucha conjunta contra el bolchevismo, a la defensa de una «común civilización» amenazada por la «diabólica turbulencia» comunista, levantaba grácilmente su brazo al frente de una embajada cultural que sería agasajada con sendos doctorados del mismo rango y tenor. El mismo D'Ors lo obtendría, también en Coimbra, en diciembre del año siguiente. Nicolás Franco, embajador de España, iba a ser su padrino.

Bien es verdad que el año 37 alcanza el máximo de distinciones encarnadas en los *doctorados honoris causa*, cuyo valor simbólico nadie puede ocultar. Con motivo del IV Centenario del traslado de la universidad a Coimbra, serían dieciocho en aquel año, mezclados en una sola ceremonia —entre ellos Valéry, Volpe o Pío Zabala—, quienes vistieron, el 8 de diciembre (la Inmaculada, patrona de la Universidad), los atributos y las insignias que habrían de acercarlos, mediando el *alma mater*, al proyecto político que la propia Coimbra se curaba de guardar y alimentar. En cuanto a Franco, en el 49, se le haría doctor —como ya había estudiado A. P. Vicente en 1994— por la Facultad de Derecho, invocando sus conocidos méritos de carácter político-militar.

En cuanto al pensamiento académico, a la historia intelectual y de la ciencia, quizá revista un mayor interés el rastrear, junto con Reis Torgal, cómo es que ecos del Ortega y Gasset en su discurso a los estudiantes (*Misión de la Universidad*) de 1922, dejan su poso denso en *De Sapientia*, el discurso de Diego Pacheco de Amorim el 21 de noviembre de 1951. O cómo es que la influencia del pensamiento eugénico nacido en Inglaterra (y no el alemán) es el humus exacto del discurso de apertura del año académico que, en el otoño de 1934, leía ante su claustro Eusébio Tamagnini.

En otro orden de cosas, resultará utilísimo al estudioso español de la historia de la universidad en el siglo XX, el reparar en avatares y circunstancias que rodean al asunto de la construcción de la *ciudad universitaria*. Dotado de una innegable especificidad, la materialización de aspiraciones modernizadoras en la universidad no dejará de hallar, en el caso de Coimbra como en otros varios, su ubicación particular y desarrollo. Tradición y modernidad se aúnan, en efecto, en el visible esfuerzo por construir una «falsa ciudad», que no disfrutará (o sufrirá, quizá) con su campus aislado. Sino que, al contrario, deberá convivir, a costa de la población no universitaria de la *Alta*, con los antiguos habitantes del barrio y con sus ofendidas protestas y demandas por el desplazamiento al que los sometía la ampliación. Salazar, desde luego, nunca creyó que la Universidad de Coimbra pudiera, realmente, asentarse en un lugar de Coimbra que no fuera la *Alta*, el casco antiguo de la población. Pero, si bien se mira, los conflictos entre la población universitaria —elite, al fin y al cabo— y la que no lo es, constituyen un rasgo decisivo, una tensión constante, en la universidad tradicional.

C. Singer, *Vichy, l'Université et les juifs*, París, 1992. C. Singer, *L'Université libérée. L'Université épurée (1943-1947)*, París, 1997.

La historia universitaria de la Francia reciente tiene en el profesor Claude Singer uno de sus más destacados investigadores. La trayectoria de su trabajo puede observarse con detenimiento en las dos obras que traemos aquí a colación. Ambas suponen en lo que hasta el momento se conocía de este período de la historia francesa una valiosa aportación por cuanto que desvelan el comportamiento de una institución en un proceso en el que se integran dos de los momentos más controvertidos de la historia del país vecino. Si en primero de los títulos mencionados aborda el contexto en que la Universidad debió desarrollar su trabajo, en plena segunda guerra mundial y con el fantasma de la colaboración con el nazismo tras de sí, el segundo aborda con igual profundidad la otra cara del fenómeno, es decir, el comportamiento de los universitarios —tanto docentes como discentes— en el tiempo de la Liberación. Se trata por tanto de dos obras que atienden a períodos cronológicos consecutivos, muy diferentes en esencia y coincidentes también en algunos aspectos.

El volumen de 1992 tiene su origen en la investigación científica que el autor abordó con el apoyo del Memorial Foundation for Jewish Culture que le facilitó el acceso a bibliotecas y fondos de archivos situados en los EE.UU. Singer contó además con la posibilidad de vaciar los archivos centrales del rectorado de la Universidad de París y de consultar los fondos de la Biblioteca de Documentación Internacional Contemporánea, del Instituto de Historia Moderna y Contemporánea (CNRS), del Comité de Historia de la Segunda Guerra Mundial, del Instituto de Historia del Tiempo Presente, del Centro de Documentación Judía Contemporánea y de documentos cedidos personalmente por profesores de la Universidad israelí de Bar-Ilan, entre los más importantes.

En este primer título el autor se centra en aclarar la actitud que el régimen de Vichy mantuvo con respecto a los universitarios judíos —enseñantes y estudiantes— entendiendo siempre a éstos como parte indisociable del colectivo de judíos existentes en toda Francia y que venían gozando de una larga tradición de integración en la ciudadanía francesa.

El tratamiento historiográfico de esta cuestión ha suscitado muy diferentes versiones en las últimas décadas. Si los análisis más próximos en el tiempo con respecto a los acontecimientos ponían hincapié en que Francia apoyó a un enemigo extranjero y se puso sin ningún escrúpulo al servicio del gobierno nazi, con el gaullismo se fomentó una corriente resistencialista que pasaba por ver los años de guerra y ocupación como el momento en que tanto judíos como franceses antirracistas combatieron juntos frente al enemigo. A partir de los años ochenta el cambio en la perspectiva desde la que se colocan los análisis es

muy distinta y desde ella trata de dilucidarse si existe la posibilidad de encontrar en la tradición francesa cierto antisemitismo de sello propio. La cuestión crucial para los franceses sería entonces saber si en las medidas adoptadas contra la comunidad judía hubo un sometimiento al dictado alemán o se trató más bien de una iniciativa propiamente francesa. Sin lugar a dudas, la posibilidad de utilización de las numerosas y novedosas fuentes mencionadas antes facilitarán la resolución de esta incógnita.

Para acometer el estudio del itinerario de los universitarios franceses en aquel momento el autor nos aproxima a los primeros pasos en la integración de los judíos en la universidad francesa a lo largo del siglo XIX, a las primeras víctimas de la depuración bajo Vichy, a la elaboración estatutaria de este rechazo, a la arianización de la educación mediante el establecimiento de numerosos clausus, a la prosopografía y cuantificación de funcionarios, estudiantes y docentes depurados y a las estrategias y búsquedas de apoyo por parte de los mismos judíos para luchar contra la situación y para facilitar, con la llegada de la liberación, la integración en sus puestos de los afectados. Es en este episodio donde ambos títulos se solapan y donde el primero entrega el testigo al segundo.

El primer trabajo de Singer concluye que los judíos contribuyeron directamente a borrar la especificidad de su destino bajo Vichy con el objetivo de facilitar su retorno al seno de la «gran familia universitaria francesa». Trataban así de ofrecer la idea de que ellos habían compartido su suerte con la del resto de franceses anticolaboracionistas que se resistieron. Esto puede demostrarse, a juicio del autor, al contemplar cómo las instituciones judías no plantearon quejas específicas en el proceso de depuración. Esta voluntad de cerrar lo más rápidamente posible las heridas abiertas se manifestó en la celebración conjunta de la memoria de los desaparecidos, todos ellos eran víctimas de la barbarie alemana, sin precisar que lo habían sido por su condición de judíos y que algunos de sus vecinos franceses habían intervenido en sus detenciones. Es así, como unos y otros consiguieron elaborar una amalgama en la que el silencio y la ambigüedad daban textura a la masa de unas experiencias que trataban sin éxito de olvidarse.

La novedad más importante que incorpora el segundo de los títulos de Singer consiste en que a la hora de analizar los pilares que sustentaron el proceso de liberación en la Universidad el autor se decanta por el estudio con detenimiento de uno de estos puntales: la depuración de los que habían colaborado con los nazis. Es por este motivo por el que ambas obras coinciden en un mismo proceso depurador que al margen de diferencias ideológicas estuvo presente durante y después de la Guerra Mundial. Si hasta el momento los días posteriores a la contienda habían calado en el imaginario colectivo francés como una auténtica fiesta de comunión nacional, de *grandeur* reencontrada la incorporación del término depuración

también en este contexto permite dar una vuelta considerable a estas primeras versiones oficiales.

A la luz de los contenidos vertidos en esta obra cuya estructura respeta escrupulosamente el paralelismo mencionado entre los procesos de liberación y depuración Singer aporta tres conclusiones centrales. En primer lugar, demuestra que el proceso de liberación en la Universidad acentuó las luchas internas en el seno de la Resistencia, sobre todo entre gaullistas y comunistas; es decir, en el fondo se provocó un verdadero enfrentamiento fratricida o lo que él denomina lucha franco-francesa protagonizada por personas muy cercanas en lo personal y entre las que se instaló el estado de sospecha.

En segundo lugar, considera que las rupturas en la Universidad fueron muy superficiales tanto en el fondo como en la forma. El cuadro de profesores universitarios no fue modificado y lo mismo ocurrió con los métodos y temas de estudio. La depuración no afectó a más de un 5 por 100 del profesorado universitario y la duración de las sanciones era muy escasa. El motivo de esta flexibilidad la encuentra Singer en que la Universidad nunca fue un cuerpo monolítico y no se decantó en conjunto por la colaboración o por la resistencia.

En definitiva, nos encontramos ante una extensa y detallada investigación que desvela parte de la historia presente de Francia en la que pesan tanto las opiniones de quienes ante el acontecimiento de la invasión nazi y sus consecuencias sociales solicitan trabajos de este tipo como un deber de la memoria y los que han hecho bandera de su derecho al olvido.

Carolina Rodríguez López

André Tuilier, *Historie de l'Université de Paris et de la Sorbonne*, Editions Nouvelle Librairie de France- GV Labat, 2 vol., Paris, 1995.

El bibliotecario honorario de la Sorbona, André Tuilier, publica una historia de la célebre universidad parisina, todo un acontecimiento si se tiene en cuenta que la última historia de esta Universidad se publicó en el reinado de Luis XV.

Fundada en 1254 por un capellán de San Luis, Robert de Sorbon, primero solo como «hostería estudiantil», no será dotada propiamente de cátedras hasta el renacimiento, aparece medio siglo después como el embrión de las facultades parisinas, tras el privilegio acordado por el rey Felipe Augusto a la corporación de maestros y estudiantes. Así la Sorbona personifica desde hace siglos, en el mundo entero, todo el conjunto de la enseñanza superior francesa. Esta institución se ha formado lentamente a lo largo de los siglos, desde la Edad Media, y en ella se ha desarrollado este espíritu intelectual francés contradictorio, innovador pero también atravesado por inicuas morosidades.

La ignorancia de este itinerario fecundo y contrastado ha sido hasta ahora notable por la falta de una historia rigurosa de esta Universidad.

El autor ha ido a las fuentes, numerosas y variadas, no solamente para establecer el itinerario institucional con los roles jugados por los reyes, los sacerdotes y los sabios sino también para reconstituir la lucha mal conocida de los maestros y alumnos para liberar a la enseñanza de las fórmulas gubernamental y eclesial demasiado estrictas. La evolución no fue lineal, tuvo sus pasos atrás como sus pasos adelante. Destaca el autor un estado de espíritu laico, que rechaza someter todo saber a la teología, que pudo ver la luz gracias a profesores religiosos poco conformistas como los franciscanos medievales. La llamada laicidad universitario se desarrolló ampliamente entre los estudiantes, mucho antes de la revolución. El papa mismo, favoreció una cierta forma de independencia universitaria y ello contribuyó al renombre del saber parisiense, reconociendo una especie de primado tecnológico-científico a los clérigos profesores. Estos clérigos luego tuvieron que pagar el homenaje apostólico poniendo en el Índice, provisionalmente a Descartes, Jasensio o Voltaire, incluso a Mermontel.

Después de haber escrito el reverso del decorado, la vida precaria de los bachilleres del Barrio Latino, el autor nos descubre como la cirugía pasó de manos de los barberos a la cátedra oficial, por qué el derecho francés no fue una enseñanza autorizada hasta el gran siglo, cuales fueron los ecos universitarios de los conflictos o de los cambios de las ramas dinásticas, Enrique IV accedió al poder a pesar del rechazo de la facultad de Teología, en qué circunstancias los calvinistas y luego los jesuitas fueron expulsados de la Universidad. En varias ocasiones la innovación vino de arriba, Luis XV impuso la creación entonces revolucionaria del Curso general (1746), de la Escuela de Ingenieros de Caminos (1747), o el primer laboratorio experimental de física (1755). Bajo la revolución el informe Tallegraud sobre la instrucción pública significó la supresión de la Teología y fue luego Carlos X quien por la ordenanza de 1828 separó definitivamente la Universidad de la Iglesia, permitiendo al protestante Guizot ser Ministro de instrucción pública ya en el reinado de Luis Felipe. La reputación universitaria de París llegó a su cenit durante el siglo XIX gracias a Cousin, Renan o Pasteur.

La reconstrucción de una Sorbona neorenacentista, inmensa y dorada en los años 1880-1900, alrededor de la elegante y fría capilla legada por Richelieu, coronó este periodo.

No es uno de los menores éxitos del autor el haber logrado a lo largo de su obra mezclar las evoluciones lentas y las bruscas revoluciones; condenas ex cathedra y evoluciones filosóficas clandestinas; pequeñas polémicas y grandes descubrimientos, vida pública y vida privada de esta Universidad íntimamente ligada desde hace ochocientos años a la formación intelectual y moral de Francia.

Carlos Vattier Fuenzalida, *Gumersindo de Azcárate y la renovación de la ciencia del derecho en el siglo XIX*, Biblioteca del Seminario Jerónimo González, Madrid, 1998, 290 pp.

Como indica el profesor Vattier los estudios sobre Gumersindo de Azcárate (1840-1917) son relativamente abundantes. Conocemos con cierto rigor sus orientaciones filosóficas (Gil Cremades, José Luis Abellán), ideológicas (Elías Díaz), políticas (José R. Torregrosa), sociales (Luis Legaz Lacambra, Antonio Tur Ferrer), históricas (Luis García de Valdeavellano, Ramón Carande, José Manuel Pérez Prendes). Incluso se han publicado tres biografías sobre él. Pero existe un aspecto olvidado, o no suficientemente tratado, precisamente el de Azcárate jurista y, en especial, civilista, sobre todo desde el punto de vista metodológico. Éste es el objeto de este libro, una contribución por tanto a la historia de la civilística española que está todavía por hacer.

Las obras que este institucionista dedicó a la metodología jurídica y al derecho civil son un conjunto de trabajos publicados entre 1871 y 1889, que Carlos Vattier agrupa de la siguiente manera: dos trabajos académicos, uno que versa sobre las relaciones entre la ciencia económica y la ciencia jurídica, otro sobre el derecho comparado, ambos son memorias de cátedra; dos monografías, sobre testamento y propiedad respectivamente; por último las notas a la obra de Ahrens y las intervenciones al congreso jurídico de 1886 y en el Parlamento sobre el código civil.

En ellas, frente al método exegético de orientación francesa entonces dominante, Azcárate presenta «un interesante programa de renovación metodológica que, inspirado en el krausismo, se caracteriza por estos tres rasgos, a saber: una visión sistemática de la ciencia jurídica, una marcada preferencia por el método dogmático y la llamada jurisprudencia de conceptos y, en fin, un cierto positivismo histórico y legislativo» (p. 54).

El libro reseñado supone, en palabras del autor, una contribución modesta, y puede decirse así, pues de las 290 páginas del libro, a su objeto sólo se dedican de la 53 a la 80, es decir, 27 páginas. El resto son datos biográficos (pp. 15-25), su trayectoria política (pp. 27-51), cinco textos de Azcárate sobre asuntos hipotecarios (pp. 93-219), su memoria para la cátedra de Legislación comparada (pp. 221-269) y una relación de sus publicaciones (pp. 270-278). Una contribución modesta, por tanto, pero de utilidad.



Olga Weijers, *Le maniement du savoir. Pratiques intellectuelles à l'époque des premières Universités (XIII-XIV siècles)*, Brepols Publishers, Turnhout (Bélgica) 1996. Id., *La «disputatio» à la faculté des Arts de Paris. (1200-1350 environ)*. *Esquisse d'une typologie*, Brepols Publishers, Turnhout (Bélgica) 1995.

En la nueva colección «*Studia Artistarum*». *Etudes sur la faculté de Arts dans les Universités Médiévales (Paris y Oxford)* aparecen estas dos importantes investigaciones de Olga Weijers, que tienen como objeto de estudio los mecanismos intelectuales. Sacando a la luz los diferentes componentes que han acompañado a esta transformación radical en la forma de pensar y de concebir el mundo que se vive en la Universidad medieval, especialmente en las facultades de Arte. Pues era en estas facultades donde el estudiante adquiría los métodos de base, la forma de razonar y de juzgar y los modos de composición que le preparaban para la redacción de sus propios escritos científicos.

«*Le Maniement du Savoir*», trata de describir las prácticas intelectuales que son la base del trabajo intelectual realizado en las primeras Universidades (siglos XIII y XIV), había que adquirir un cierto número de nociones y de mecanismos antes de especializarse en disciplinas como el derecho, la medicina o la teología, antes de llevar a cabo otras funciones importantes en la Sociedad.

A partir de los inicios del siglo XIII, esta base se adquiría en las Facultades de Artes. Proveía de la instrucción preparatoria para los estudios en las Facultades mayores, pero dispensaba también una enseñanza completa de carácter filosófico. Es en ella donde los estudiantes aprendían a pensar, a razonar, a manejar los útiles de trabajo intelectual. Es la facultad de Artes por eso el objetivo directo de los diez primeros capítulos de este libro.

En los últimos capítulos, se sale la autora de estas facultades e incluso de la Universidad, para estudiar algunas prácticas intelectuales. Algunas están ligadas a la cultura universitaria, pero otras sobrepasan este marco.

Cada uno de los temas es ilustrado por ejemplos tomados de los estatutos, comentarios, tratados, «reportaciones» de disputas, cuadros, etc., unos editados, otros manuscritos. El Apéndice recoge los textos originales.

La otra obra que comentamos, la «*disputatio*», trata de uno de los métodos de base de la enseñanza universitaria de la Edad media. Fue utilizada en todas las Facultades: Teología, Derecho, Medicina y Artes. Hasta ahora la «*disputatio*» en las facultades de Artes había sido olvidada. El presente estudio —limitado a la Universidad de París durante el primer siglo y medio de su existencia— pretende dar una idea del carácter y del funcionamiento de la «*disputatio*» en esta facultad. Trata de relacionar las reglas dictadas por los estatutos y la práctica, tal como aparece en los textos, se trata de mostrar la «*disputatio*» a la luz de la historia intelectual y, por consiguiente, ofrecernos un panorama hasta ahora desconocido.